



ALV CORTROA

BUCK "PARABELLUM"



ALV CORTROA

BUCK "PARABELLUM"



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1952
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

1. ¡Culpable! (7.ª ed.) (1).
2. La hora gris (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición) (2).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3).
6. Contra Scotland Yard (3.ª edición) (1).
7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición) (2).
8. La ruta de la locura (2.ª edición) (3).
9. A la ofensiva (2.ª edición) (4).
10. La redada (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters (2.ª edición) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6).
15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7).
16. Tángar (3.ª ed.) (1).
17. ¡Tráitor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
24. Persecución (5).
25. Una ciudad abierta (4).
26. Horas trágicas (7).
27. La muerte alada (8).
28. Doctor X. (1).
29. El coloso de Hierro (3).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (3).
32. Nueva York-San Francisco (7).
33. Entre rejas (1).
34. Muerte en el Caribe (3).
35. Secuestro (5).
36. El dueño del mundo (4).
37. Hermano contra hermano (7).
38. Filibusteros modernos (2).
39. Palestina en llamas (5).
40. La ley del terror (3).
41. A la desesperada (5).
42. La promoción de la muerte (6).
43. Tinieblas (1).
44. Espías en la noche (2).
45. Fidelidad (6).
46. Sin cuartel (7).
47. Armour, expulsado (5).
48. La huida de Varka (3).
49. La Maffia (1).
50. Alaska, final de ruta (8).
51. Tras el telón de acero (3).
52. Gangsters de guante blanco (3).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena (5).
55. El genio del mal (3).
56. Hombres armados (10).
57. Pavorosa elección (3).
58. La bestia escarpiada (3).
59. Huellas de ultratumba (11).
60. S. O. S. (3).
61. Billetes malditos (3).
62. Camino de perdición (12).
63. Camaradas enemigos (3).
64. A la deriva (3).

65. ¡Odió! (1).
 66. Cita de madrugada (3).
 67. «Killers» a sueldo (5).
 68. Muerte en el atardecer (4).
 69. Loup-Garou (3).
 70. Puma final (5).
 71. ¡Mirad a las sombras! (3).
 72. Entre esas brumas... (5).
 73. Tortura (13).
 74. El cóndor (3).
 75. ¡Terror! (5).
 76. El final de Hocco (5).
 77. El vengador negro (1).
 78. ¡Códice! (3).
 79. Sentenciado (6).
 80. Secreto de Estado (4).
 81. Alias «Lugger» (5).
 82. Hora «D» (3).
 83. Carne de horca (4).
 84. Tráfico mortal (3).
 85. Jack el invencible (1).
 86. Rastros perdidos (6).
 87. Contrato siniestro (3).
 88. Traición sangrienta (14).
 89. Al borde del abismo (5).
 90. Crimen y Justicia (1).
 91. Hombres sin alma (3).
 92. ¡Saboteaj! (3).
 93. La marca trágica (5).
 94. Misión suicida (4).
 95. Lucha a muerte (5).
 96. Rebelión (3).
 97. Hampa de frac (1).
 98. Caza mayor (4).
 99. La muerte falsifica dólares (15).
 100. Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición.)
 101. De Harvard a Quantico (16).
 102. El asfalto rojo (5).
 103. Tragedia en Chinatown (14).
 104. Soborno (3).
 105. Vida en deuda (17).
 106. Aguas turbulentas (4).
 107. La araña verde (3).
 108. Contraespías (15).
 109. Noches de Nueva York (5).
 110. ¡Arquillados! (18).
 111. La risa sardónica (2).
 112. Chantaje (4).
 113. Canon de protección 20.
 114. El misterio de los locos del aire (21).
 115. El hombre de Whitechapel (5).
 116. Al llegar la noche (8).
 117. Ciudad vertical (22).
 118. Hombres y bestias (1).
 119. La máscara (3).
 120. Destino manda (23).
 121. Sin esperanza (4).
 122. La tela de araña (24).
 123. Una sombra... (5).
 124. Sin nada que perder (4).
 125. Fidelidad, Bravura, Integridad (3).
 126. La ciudad prohibida (2).
 127. Fatalidad (5).
 128. Escalera de color (16).
 129. La rouette blanca (15).
 130. Ojo siniestro (3).
 131. El espectro del pasado (25).
 132. Club nocturno (3).
 133. Persiguiendo cadáveres (23).
 134. Prisión de oro (4).
 135. Pasión inmortal (1).
 136. ¡Volverá O'Leary! (5).
 137. Cubil de alimañas (17).
 138. La aventura de Harris (3).
 139. Ratas del puerto (27).
 140. Billete para la eternidad (4).
 141. El triunfo de los mejores (21).
 142. Al final, la muerte (5).
 143. La encrucijada sangrienta (28).
 144. Horas eternas (3).

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz. | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Grey. |
| (2) Fred Baxter. | (11) Thomas Settee. | (19) Edgar Wood. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nebot. | (20) André O'Sun. |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Winton. | (21) Fel Marty. |
| (5) O. C. Tavin. | (14) F. N. Graw. | (22) Dana Yoneff. |
| (6) Alar Ernst. | (15) Robert Deaf. | (23) Al Gallard. |
| (7) A. G. Murphy. | (16) Alan Carson. | (24) Chasler King. |
| (8) Emma Haros. | (17) Ace Corroon. | (25) Joseph Tell. |
| (9) J. L. Martin. | | (26) Med Symon. |

I



RES hombres entraron, casi al mismo tiempo, en los grandes almacenes Brown, Field y Brown. El primero que penetró era un joven alto y delgado, tocado con un sombrero de fieltro marrón; caminaba muy aprisa, por lo que su corbata flameaba, subiéndosele sobre un hombro juguetonamente. Con rápidos pasos se encaminó hacia uno de los laterales del almacén y saludó desde lejos a la muchacha rubia que estaba colocada precisamente debajo de un cartelón que anunciaba la sección de camisería.

—¡Hola, nena! —sonrió a la dependienta—. No me mires con esa cara porque comenzaré a tartamudear...

—¿Por qué no me has esperado donde siempre, Bill? —preguntó la joven—. Ya sabes que no les gusta a los jefes que vengan a buscarnos aquí...

—Ya sé, gruñona, ya sé. Pero hube de elegir entre dos alternativas:

o venir aquí a esta hora, o darte un plantón tremendo. He elegido lo primero, aunque los señores Brown, Field y Brown arruguen el entrecejo al mismo tiempo. No estaré en la esquina a las ocho, porque tengo que hacer algo muy importante. Ya sabes... cosas del servicio.

La joven rubia frunció los labios en una mueca que quiso ser de desagrado, pero que no sirvió para engañar a Bill. Éste sabía sobradamente que su novia era una muchacha comprensiva y que se encaminaría a su domicilio en el mismo momento en que los cierres de los grandes almacenes de ropas para caballero cayeran.

Los otros dos individuos que entraron un segundo después que Bill, pasearon sus miradas por varias dependencias de los almacenes, hasta que sus ojos se posaron en el mostrador, tras el cual estaba sentada la cajera, junto a la máquina registradora.

—Todo va bien, Buck —musitó uno de ellos—. Aquel tipo de la americana gris es el «poli» de la casa. Pero, ya ves, está distraído...

—Pues vamos a ello, Albert —respondió en el mismo tono de voz el llamado Buck—. No creo que la cosa ofrezca muchas dificultades.

Bracearon en dirección a caja. El público que había en Brown, Field y Brown era lo bastante numeroso como para que dos hombres de aspecto corriente pasaran totalmente inadvertidos.

La primera que se sorprendió fue la cajera, cuando vio el cañón de una pistola colocado a dos dedos de sus narices.

—No haga ni un gesto, joven —ordenó una voz autoritaria—. No le pasará nada si es buena chica. Entréguenos toda la recaudación... ¡Pero sin prisas, sin llamar la atención!

El que había hablado parecía estar pidiendo cambio de un billete de diez dólares. Ni en su actitud ni en su rostro se advertían señales de nerviosismo. Sólo la fea pistola que empuñaba con mano firme delataba al atracador.

Su compañero estaba reclinado sobre un mostrador, a dos pasos del primero. Con su cuerpo tapaba lo que hacía Buck, al mismo tiempo que vigilaba atentamente si alguien se acercaba.

La cajera abrió la registradora sin pronunciar palabra. Dentro de su pecho estaba naciendo un grito, uno de esos alaridos que sólo las mujeres saben proferir en determinados momentos. Pero la joven comprendió que nunca gritaría. La pistola la apuntaba sin vacilación alguna y ella era muy joven para morir.

Montones de billetes pasaron con rapidez de manos de la cajera a los bolsillos del pistolero.

Todo parecía marchar como sobre ruedas para los «gangsters». Dos minutos más y habrían terminado el «trabajo».

Pero unos ojos vieron lo que sucedía. Vieron también la pistola y el temor retratado en los ojos de la cajera.

La dependienta de la sección de corbatas sí pudo gritar. Ella no tenía una pistola que la amenazara. El grito hizo volver la cabeza a los clientes y empleados de Brown, Field y Brown. Todas las conversaciones cesaron durante varios segundos para, al cabo de ellos, recrudecerse elevadas al cubo. Varias muchachas gritaron, mientras otras se dejaban caer bajo los mostradores, en evitación de recibir una bala de las que esperaban que pronto partieran de las pistolas de los dos atracadores.

Bill se hizo cargo de lo que sucedía. Él no estaba de servicio. Sólo había ido para avisar a su novia y que ésta no lo esperara en vano a la salida. Pero un agente del F.B.I. se considera siempre de servicio. La mano diestra de Bill voló en dirección a la axila en busca de su «Magnum», al mismo tiempo que emprendía el avance en dirección a la caja, dispuesto a detener a los atracadores.

Pero Bill fue muy ingenuo al pensar que se las tenía que ver con dos aficionados. El joven agente federal creyó que tan sólo con su orden de «alto» y su revólver empuñado serviría para que los pistoleros emprendieran la fuga o se entregaran sin más resistencia. En realidad, Bill llevaba apenas seis meses perteneciendo a la más potente organización policíaca del mundo. Las enseñanzas en la Academia de Quantico, aun siendo muy enérgicas y prácticas, no servían para proporcionar experiencia a los agentes nuevos. Ésta sólo se adquiere con años de trabajo y de lucha, casi diaria, con los malhechores.

Los que se disponían a llevarse la recaudación de los almacenes Brown, Field y Brown sabían lo que se traían entre manos.

Un disparo frenó el avance del agente federal, el cual ni siquiera tuvo tiempo de extraer su revólver. Un rosetón bermejo comenzó a agrandarse en la albura de su camisa, a la altura del corazón, al mismo tiempo que sus ojos perdían brillo con inusitada rapidez.

Bill se tambaleó como borracho. Hasta su cerebro llegó la conciencia de un estridente grito de mujer. Un grito que él

reconoció como procedente de la boca de su novia.

Trató de dibujar una sonrisa en sus labios. Una última sonrisa de adiós a la mujer amada. La visión de los pistoleros desvalijando la caja del almacén huyó de su cerebro. Ya no pensó más que en que estaba herido de muerte, en que se moría allí mismo, en que no podría casarse con la rubia preciosa con la que tantos proyectos forjó...

Se derrumbó antes de que su novia pudiera impedirlo, la leve sonrisa helada en sus labios y la sangre empapando por completo su pecho.

Los gritos de alarma se multiplicaron. Alguien corrió hacia la puerta y produjo con su acción un nuevo disparo.

Los pistoleros no podían consentir que nadie saliera antes que ellos. Eso significaría que la alarma sería dada en la calle y la Policía trataría de impedir su huida.

Albert se encaminó a la puerta y cerró el paso, en espera de que su compañero terminara de llenar sus bolsillos con los billetes de Brown, Field y Brown.

Buck continuó con toda tranquilidad su tarea hasta comprobar que los departamentos de la caja registradora, además de una caja de hierro, estaban totalmente vacíos. Paseó su mirada por la gran nave, y moviendo su pistola, ordenó:

—¡Todo el mundo muy quieto hasta que avisemos! No nos importa «despenar» a uno más o menos...

Se dirigió hacia la puerta y salió a la calle en compañía de Albert. A pocos pasos estaba el coche con el motor en marcha. Sólo restaba subir a él y emprender la fuga.

Pero no todo iba a ser camino de rosas para los malhechores. El agente de servicio en la calle había oído los disparos en el interior de la tienda. No estaba muy seguro de que ocurriera algo anormal, pero, de todas maneras, apresuró el paso en dirección al lugar de donde le pareció procedían.

La actitud de los dos hombres que salían de Brown, Field y Brown le pareció sospechosa. Parecía que acababan de guardar algo en los bolsillos, y aunque caminaban con paso tranquilo, volvían sus cabezas con harta frecuencia, como recelando algo.

Luego estaba el automóvil con el motor en marcha.

El «cop» se decidió, aun corriendo el peligro de hacer el ridículo.

Extrajo el revólver y gritó:

—¡Alto! ¡Un momento, señores!...

Albert fue, como en el caso del que quiso huir de los almacenes y del tipo que trató de estorbarles mientras «cargaban» dólares, el que obró con asombrosa rapidez. Su pistola, ya guardada en el bolsillo de la americana, salió de nuevo a la luz y disparó sobre el agente que trataba de impedirles la huida.

El agente uniformado se llevó una mano al hombro con un gesto de dolor. Se repuso con un esfuerzo de voluntad y elevó el revólver, apretando el gatillo varias veces.

Creyó adivinar que uno de los pistoleros había sido herido. Pero éstos volvieron a disparar, y una bala mordió en el vientre del guardia.

Se sucedieron los disparos procedentes de las pistolas de los atracadores, hasta que el coche emprendió la marcha y desapareció al doblar la esquina inmediata.

El agente apartó a los transeúntes que trataban de socorrerlo, y, tambaleándose, se dirigió a una columna provista de teléfono.

Utilizando la mano diestra, ya que la izquierda pendía, inerte, a consecuencia del primer balazo de los «gangsters», marcó un número y aguardó, nervioso, a que en el otro lado del hilo sonara una voz:

—¡Hable!

—Soy setecientos veinticuatro. Servicio en las calles Figueroa esquina a la Slauson Avenue. Un atraco en Brown, Field y Brown... Los pistoleros huyen en dirección norte, hacia los Tunnels. Van en coche cerrado, marca «Chevrolet», color azul oscuro... Son dos, y uno de ellos creo que herido... A mí... a mí... también... me han dado...

Cayó en brazos de varios curiosos, que impidieron diera con su cuerpo contra la acera.

El auricular telefónico pendió, balanceándose, de su hilo, mientras en la Seccional el telefonista captaba todo lo que ocurría al agente setecientos veinticuatro.

Metéóricamente partió una ambulancia en dirección a los almacenes Brown, Field y Brown, al mismo tiempo que la radio comenzaba a transmitir órdenes a los coches patrullas, encaminadas a la pronta busca y detención de dos atracadores que huían en un

«Chevrolet» azul oscuro en dirección a los Tunnels.

La tela de araña policíaca comenzó a tejerse con rapidez. La mosca peligrosa, que en este caso era un «Chevrolet» azul, ocupado por dos peligrosos «gangsters», no podía tardar en caer. Eran muchos los coches, dotados de radio y ocupados por hombres duchos, experimentados en esa clase de cazas, los que estaban ya dedicados a husmear por todas partes en busca del coche azul.

El punto de convergencia de todos ellos eran los Tunnels, al final de Figueroa Street. Un coche patrulla frenó suavemente al llegar al primer túnel. Luego siguió avanzando más despacio, mientras sus ocupantes miraban en todas direcciones, con las ametralladoras preparadas.

Al salir del túnel, un nuevo coche policíaco avanzó en dirección opuesta al primero. Ambos automóviles frenaron cuando estuvieron cerca, y los ocupantes descendieron.

—¿No los visteis? —preguntó el sargento, jefe del primer coche patrulla—. Esperaba cogerlos entre mi coche y el tuyo, Tommy...

—Eso mismo pensé yo, viejo —respondió el jefe del otro automóvil—. Pero los pájaros eligieron otro camino, según se ve...

—Volvamos a la radio. Tal vez oigamos cosas interesantes de los demás.

El altavoz no cesaba de hablar, pero las palabras del locutor no servían para poner sobre la pista de los atracadores.

«Coche veintinueve comunica que ha sido visto un coche “interesante” por Carson Street, en dirección a Lakewood —decía la monótona voz en la radio—. Se ordena a los coches veintisiete y veintinueve se dirijan a Carson Street entrando por Long Beach»...

Y volvía a repetir la orden una y otra vez con machacona insistencia, hasta que, después de unos minutos, recomenzaba distinta cantilena ordenando a otros coches se dirigieran a determinado bulevar, donde había sido visto un coche «interesante».

Pero nada en concreto. Los coches patrulleros iban y venían en todas direcciones, sin conseguir encontrar al «Chevrolet» azul oscuro. Varios agentes de paisano se encaminaron al hospital y preguntaron detalles al agente herido. Éste hizo lo que pudo y su estado febril consintió. No eran graves los dos balazos recibidos, pero sí lo suficientemente molestos para que el agente hubiera de

guardar cama durante más de un mes.

Refirió los hechos desde que dio el alto a los atracadores. Apenas les vio las caras, aunque se comprometía a reconocer a uno de ellos si se lo ponían delante.

Los inspectores fueron después a tomar declaración a la cajera de Brown, Field y Brown. Ésta describió la cara del hombre que la había encañonado. Al otro no pudo verle bien porque estuvo de espaldas a ella.

Procedieron a identificar al novio de la encargada de la sección de camisería. Encontraron un carnet y una placa. El muerto era agente especial del F.B.I.

El inspector torció el gesto cuando comprobó este extremo.

—Vamos a tener que movernos, Simpson —dijo al policía que le acompañaba—. Los federales nos meterán prisa...

—Al contrario, inspector —respondió Simpson—. Podemos considerar este asunto como concluido. Serán «ellos» los que se encarguen del asunto.

—No es de su incumbencia. Este caso no es más que un atraco a mano armada con asesinato circunstancial. Es una coincidencia que el muerto sea un federal.

—Estoy por creer que así es, inspector. Pero los del F.B.I. lo tomarán como cuestión personal. No saben los «gangsters» lo que han hecho al disparar contra este muchacho...

—No me gusta mucho que los federales se metan en cosas nuestras —protestó el inspector—. Nosotros nos bastaríamos para llevar adelante el asunto.

—«Ellos» lo harán mejor. Tienen más medios y... cuentan con nosotros.

—Bueno. Pero nosotros tenemos que continuar las investigaciones mientras no se nos ordene otra cosa. Que trasladen el cadáver a la Morgue. Y usted, señorita —dijo, encarándose con la encargada de la sección de camisería—, trate de consolarse un poco, y cuéntenos lo que pasó.

La joven miró al policía antes de contestar:

—Ya lo saben ustedes todo. Bill vino a darme un recado, cuando llegaron los atracadores esos... Bill es muy hombre... «era» muy valiente y fue a detenerlos, a pesar de que le dije que eso era cosa de la Policía. Entonces dispararon y... cayó. Es todo.

—Lo apuntaron bien los condenados —comentó el inspector. Bueno; nada tenemos que hacer aquí... Pueden llevarse al muchacho.

—Yo lo dejaría todo como está, inspector —dijo el sargento—. Los del F.B.I...

—¡Olvide ya al F.B.I., hombre! No estamos seguros de que sean ellos los que quieran llevar este caso.

—Yo sí que estoy seguro, inspector —insistió el sargento el cual tenía más «horas de vuelo» que su superior—. Al F.B.I. le gustará que le demos facilidades...

—Esto es un atraco vulgar sargento. No incumbe al F.B.I.

—Ha caído un agente especial, inspector. Es el F.B.I. el que se encargará, de todas maneras. Vale más que les demos facilidades para que no se enfurruñen...

—¡Facilidades, facilidades! ¡Que me las den a mí y verán qué pronto pesco a los asesinos y los llevo a la silla!

Por las calles de Los Ángeles continuaba la búsqueda del «Chevrolet» azul oscuro. Los patrulleros, incansables, recorrían la ciudad de norte a sur y de este a oeste. Siempre infructuosamente.

Al «Chevrolet» usado por los atracadores parecía habérselo tragado la tierra. Sin embargo, ello no podía ser. Tenía que estar en alguna parte de la ciudad. Los motoristas de carreteras no habían comunicado el paso del coche en dirección a las afueras.

Claro está que si el automóvil fugitivo se había metido en determinada cochera, sería muy difícil dar con él nunca. No había podido ser tomado el número de su matrícula. Podían pintar de nuevo el coche y éste volvería a circular libremente por todas partes sin que nadie los molestara.

El inspector encargado del caso dio órdenes de que fueran registradas todas las manzanas de casas en un radio comprendido entre Manchester Avenue, Huntington, Western Avenue y los Tunnels.

Todos los garajes, patios con puerta cochera, solares, etc., comenzaron a ser visitados por la Policía.

Al cabo de tres horas de búsqueda, nada se había conseguido.

Y en ese momento, el F.B.I. tomó sobre sí la responsabilidad de buscar a los asesinos de uno de sus hombres; la Policía Metropolitana quedó relevada de una tarea que comenzaba a considerar harto pesada.

Y sin embargo, fue un guardia el que localizó el automóvil azul oscuro, marca «Chevrolet».

Fue en Adams Boulevard, en un aparcadero frente a las fábricas Culver. Los obreros y empleados salieron a las nueve de su trabajo y los automóviles aparcados comenzaron a desfilas en todas direcciones. Sólo quedaron tres coches estacionados. Uno, grande, color guinda, que el agente conocía como perteneciente a uno de los directores de las fábricas. Otra, diminuto, de dos asientos, de modelo anticuado y en muy mal estado. El policía lo conocía sobradamente. Era del guarda nocturno.

El tercer automóvil era marca «Chevrolet», pintado de color azul oscuro.

El agente telefoneó inmediatamente, y poco después estaban varios agentes federales investigando en el coche.

No encontraron huellas recientes. En el volante y manijas de las portezuelas había grandes espacios libres totalmente de huellas digitales. Los técnicos del F.B.I. comprendieron que los ocupantes llevaban guantes.

Una cosa sí resultó interesante. En el asiento delantero, junto al del conductor, había una gran mancha de sangre. Otras varias había también en el suelo del automóvil.

Fue lo único que les hizo proseguir las investigaciones de laboratorio, tratando de identificar al pistolero por la sangre que había vertido. Pero no les condujo a parte alguna la investigación.

Por otra parte, el automóvil había sido robado aquella misma tarde cuando el dueño penetró en su domicilio y lo dejó parado frente a la puerta.

Una semana después, los trabajos habían llegado a un punto muerto.

El inspector jefe de la División del F.B.I. en Los Ángeles se encogió de hombros cuando el agente especial Culbert Griffith dio el informe de los trabajos realizados.

—Comprendo lo que sucede, muchacho —dijo, moviendo desalentadamente su cabeza canosa—. No podemos dar ni un solo paso más.

—Ésa es la verdad, inspector —comentó Culbert, aún más desalentado que su jefe—. Parece que la muerte del pobre Bill quedará impune, al menos de momento. Pero ya no podemos hacer

más. Todas las pistas han quedado borradas, todos los caminos han resultado falsos y no nos han llevado a ninguna parte... ¡No crea que no lo siento! ¡Bill era un buen chico!

—Lo sé, Culbert. Pero no desesperes. Es raro que un criminal quede sin castigar. Eso ha sucedido muy pocas veces. Esos «gangsters» volverán a emplear los mismos métodos que siguieron en su atraco a Brown, Field y Brown. La primera vez les ha dado buenos resultados. Han conseguido despistarnos y pensarán que siempre ha de suceder eso. Se crecerán. Se considerarán invencibles. Pero dejarán un resquicio que nosotros sabremos aprovechar. Encárgate tú del asunto. No lo dejes mientras yo no te ordene otra cosa. Quiero que esos asesinos paguen su crimen, por doble motivo.

—Me alegro que no abandonemos el asunto, inspector —aprobó Culbert—. Le prometo trabajar de firme hasta llevar a los asesinos de Bill a la silla caliente.

—Estoy seguro de que lo conseguirás, hijo. El F.B.I. no abandona su tarea fácilmente... Quiero decir, que no nos damos jamás por vencidos.

II



ETTLE Garrison era madrugadora. Le gustaba regar el pequeño jardín del hotelito en que vivía con sus padres, y en ello empleaba las primeras horas de la mañana. Había conseguido mantener la praderita siempre verde y los rosales habían crecido mucho más que los que había en los jardines colindantes.

El hotel de los Garrison era exactamente igual a otros cincuenta que constituían la colonia enclavada en el bulevar Foothill, en las afueras de Los Ángeles, entre la ciudad y los campos de los alrededores. Todas las construcciones tenían delante de la puerta principal una pequeña extensión que se dedicaba a jardín. Y el de los Garrison había llegado a constituir un verdadero vergel.

Sobre todo si se comparaba con el de al lado, que estaba totalmente marchito, abandonado, en el que sólo perduraban unas acacias, sin

duda más resistentes al abandono que el resto de las plantas.

Míster Garrison, padre de Nettle, solía salir mediada la mañana y se tumbaba en el sillón de mimbre a leer el periódico. Desde que trasladaron su residencia desde el centro de Los Ángeles, donde hasta entonces habían vivido, a la colonia en el bulevar Foothill, míster Garrison había experimentado una sensible mejoría en su afección broncopulmonar. Había abandonado los negocios porque tenía lo suficiente para vivir él y su familia con desahogo.

Nettle no se aburría demasiado, aunque su domicilio estaba emplazado a una hora del centro de Los Ángeles. Las mañanas las ocupaba en regar el jardín, ayudar a su madre, y aún le quedaba tiempo para hacer compañía a su padre en el jardín hasta el almuerzo.

Las tardes solía también pasarlas en el jardín del hotelito. Sus dieciocho años no la exigían más, de todas maneras, iba al centro de la ciudad a efectuar sus compras y se metía en algún «cine» de cuando en cuando.

Pero en Foothill no abundaban las diversiones. Ni había muchas muchachas de su edad ni chicos simpáticos.

Por ello se sorprendió aquella mañana cuando se dedicaba a regar los rosales y oyó voces en el jardín de al lado; y aunque continuó con su riego no perdió de vista la puerta del hotelito vecino.

Vio salir a una mujer de pelo canoso que llevaba un sillón de mimbre muy semejante al que empleaba su padre para echarse en el jardín. La mujer colocó el sillón bajo la sombra de las acacias. Puso unos almohadones en el respaldo y se volvió hacia la puerta.

Lo verdaderamente interesante para Nettle se produjo entonces. Dos jóvenes salieron del hotel y descendieron los tres escalones hasta el jardín. Uno de ellos debía estar bastante enfermo. Tenía el rostro muy pálido y le costaba mucho trabajo caminar. El que le acompañaba le sostenía con firmeza con uno de sus brazos, que rodeaba la cintura del enfermo.

Muy lentamente llegaron hasta el sillón de mimbre, y entre la vieja y el joven sano ayudaron a tumbarse al enfermo.

Nettle siguió todo con el máximo interés. Ya conocía a los nuevos vecinos y no le acababan de desagradar. Eran jóvenes y parecían buenas personas.

Vio que el enfermo se enfrascaba en la lectura de un periódico

ilustrado. Ella continuó regando, hasta que salió su padre y se sentó junto a él.

—¿Sabías que tenemos nuevos vecinos? —preguntó.

—Sí. Supe que habían alquilado la casa; pero no sé quiénes son —respondió Garrison—. Supongo que tú ya te habrás enterado.

—Los he visto hace un momento —siguió ella—. Son dos hijos y su madre.

—¡Qué pronto os enteráis las mujeres de las vidas y milagros de la gente!

—No lo sé seguro, papá. Pero es fácil adivinarlo. Son dos jóvenes como de unos veinte años. Y la madre tendrá sesenta, o cosa así. Uno de ellos está enfermo. Tal vez como tú.

—¡De veras que me asombras con tus informes!

—Eso sí es fácil adivinarlo, papá. El muchacho está sentado en una butaca como ésta. Está muy pálido y débil. Si miras entre las ramas de los rosales lo verás y te convencerás de que no he soñado.

Garrison hizo lo que le decía su hija y pudo ver al joven enfermo. Comprobó la palidez del rostro del vecino, su delgadez. No había duda: estaba enfermo y ello hizo que Garrison sintiera simpatía por el muchacho.

Él también estaba enfermo y también se había ido a vivir a Foothill para curarse. Mentalmente se prometió días más amenos en conversación con el vecino, ambos se harían mutua compañía, puesto que los dos estaban confinados allí. Ya no tendría que abusar de la bondad de su esposa e hija.

Pero había que esperar. Correspondía al vecino presentarse, y en esto Garrison tenía sus ideas; un poco anticuadas, según la manera de pensar de Nettle.

El día pasó sin novedades. Garrison estaba rabiando en espera de que los vecinos le dirigieran la palabra. Contra su costumbre, se levantó más veces de las que tenía por costumbre para que el vecino le viera. Cortó algunas flores de los macizos que separaban ambos jardines. Pero inútilmente. El vecino enfermo leía, dormitaba, fumaba algunas veces, pero no hacía pizca de caso a su vecino.

Mediada la tarde, el padre de Nettle había desesperado de trabar conversación con su vecino, y se enfrascó en la lectura del «*Post*», firmemente decidido a no preocuparse más por los nuevos habitantes del hotel de al lado.

Pero lo que el viejo Garrison no consiguió con todas sus artes, lo obtuvo su hija cuando salió al jardín, portando una bandeja con la merienda de su padre.

Su cabellera rubia, larga en contra de los dictados de la moda, flameó herida por el sol del atardecer. Su voz, cantarina y alegre, invitando a su padre a que tomara los alimentos, sonó como una canción en los oídos del joven enfermo.

Alzó la vista y vio el cabello de Nettle, vio su rostro ovalado, sus bellos ojos, su sonrisa, que dejaba ver una hilera de dientes blancos e iguales, su vestido de grandes cuadros que hacía resaltar la bella silueta de la joven.

Todo esto era mucho más interesante para el enfermo que el lacio bigote del señor Garrison, sus acuosos ojos y su aspecto avinagrado. Por ello, estuvo a punto de ponerse en pie y acercarse al seto de separación de los jardines para entablar conversación con la vecinita guapa. No lo hizo por temor a caerse antes de llegar al límite del jardín.

Pero sí tuvo fuerzas para levantar el brazo y moverlo en señal de saludo cuando vio que Nettle le miraba.

La joven le recompensó con una sonrisa y se sentó junto a su padre hasta que éste terminó su merienda.

Luego regresó con el servicio a la cocina y volvió a salir al jardín, no sin antes atusarse el pelo y mirarse, de pasada, en un espejo del «hall».

El vecino la sonrió cuando la vio aparecer.

—No sabe qué contento me he puesto al ver que tenía una vecina como usted —rompió el silencio el joven—. Creí que sólo viviría ahí ese viejo...

—Es mi padre, señor —cortó Nettle, un poco molesta por lo de «viejo» aplicado al autor de sus días. Claro que no podía ofenderse por el empleo de esa palabra, puesto que muchas personas en los Estados Unidos la emplean con un sentido cariñoso al mismo tiempo que de respeto—. Y en realidad no es muy viejo. Lo que ocurre es que está algo delicado de salud. ¿Usted también hace reposo como él?

—Sí —dijo el vecino, haciendo una mueca de desagrado—. Tengo que estar una temporadita en este sillón. Pero pronto sanaré. No fue más que una pulmonía y el médico me recomendó que descansara

en el campo.

—Igual que a mi padre —dijo Nettle—. Pero lo de él es más largo. Seguramente no se pondrá bien nunca...

Su última frase la pronunció en voz baja para que Garrison no pudiera oírlo.

—¿Cuánto tiempo estará usted en el sillón? —preguntó Nettle, curiosa—. Pienso que podrían hacerse compañía.

—Estaré muy pocos días, joven —respondió el enfermo—. Pero para el caso... será igual.

—¿Qué quiere decir?

—Pues... ¡verá! —El joven vaciló un momento—, al principio pensé que este lugar era muy aburrido; sin distracciones, sin bares ni salas de fiestas. Pero hoy he cambiado de opinión.

—¡Es inexplicable!

—No tiene nada de inexplicable, *miss*...

—Garrison. Nettle Garrison —informó la muchacha.

—¡Muy bien, Nettle! Es tan bonito el nombre como usted. Pues el motivo del cambio en mi estado de ánimo ha sido precisamente usted. Jamás pude soñar que en las afueras de Los Ángeles hubiera chicas tan bonitas. Cuando vine aquí, pensé únicamente en el campo, en el aire puro, en los días tediosos que me esperaban hasta que me restableciera.

—Es usted muy amable, señor... Pero yo... No estoy acostumbrada a galanteos y me producen mal efecto.

—¡Oh! Hasta me parece mentira oírle hablar así —exclamó él, riendo—. Eso la presta más encanto a mis ojos. Pero no tome mis palabras como un galanteo, por el contrario, me han salido como nunca, espontáneas, sinceras.

Nettle estaba arrebolada hasta la raíz del cabello. En realidad, habían sido muy pocas veces las que un hombre le había dirigido palabras tan bonitas y con tanto desparpajo como lo estaba haciendo aquél. Su nuevo vecino parecía muy joven y, sin embargo, parecía poseer una experiencia ilimitada acerca de cómo debe tratarse a una mujer para resultar agradable en la primera entrevista. Sus palabras resultaban naturales, fluían de su boca de labios finos y pálidos, tan espontáneamente, que no podían molestar a la joven.

Ella habría continuado charlando con el vecino hasta que se hubiera

hecho noche cerrada, tan absorta estaba en las palabras fáciles de él; pero su padre la llamó, cortando casi el coloquio.

—Ven, Nettle —dijo Garrison; y añadió, cuando la joven estuvo a su lado—: No debes dar mucha confianza a ese muchacho. Recuerda que aún no sabemos quién es y... conmigo no ha sido muy cortés que digamos.

—Me parece muy simpático, papá —dijo la joven—. Parece haber vivido mucho, aunque no creo que tenga más de veinticinco años. Pasarás buenos ratos de conversación con él.

—¿Cómo se llama?

—Buck Holliday.

—¿Qué le pasa? Tiene muy mala cara —volvió a preguntar el padre de la joven.

—Nada de particular, a no ser que no me haya dicho la verdad. Dice que acaba de pasar una pulmonía y que está convaleciendo. Espera estar bien dentro de pocas semanas.

Garrison miró a su hija inquisitivamente.

—Lo has dicho de una manera que parece que sientas que se ponga bien tan pronto.

—¡Oh, no, papá! —protestó ella—. Pero ¡hay tan pocas ocasiones de conversar agradablemente! Este arrabal de Los Ángeles, ¡es tan aburrido!

El padre sonrió, comprendiendo lo que pasaba en el alma de su hija. Le parecía muy rápido un enamoramiento, aunque él conocía casos de matrimonios que se habían celebrado en veinticuatro horas. No. Con seguridad ninguno de los dos jóvenes se habrían enamorado. Pero no había duda de que Nettle se sentía atraída por el nuevo vecino.

Los días sucesivos sirvieron para que Nettle y el propio Garrison trabaran una más firme amistad a través del seto que separaba los respectivos jardines.

La joven vio cómo, día por día, la palidez en el rostro de su vecino iba desapareciendo y dejaba paso a un color mucho más saludable. Tuvo que creer, por tanto, que el joven había dicho la verdad cuando la comunicó que no tenía ninguna enfermedad de carácter crónico.

Nettle, a solas en su cuarto, consideró la situación. Durante muchas conversaciones con el vecino, éste había dejado entrever unos

sentimientos hacia la joven que ésta no había experimentado hasta entonces.

Pero ¿sería verdad lo que Buck Holliday decía? A Nettle le parecía todo muy rápido. Tres días después de haber trabado conocimiento con el vecino, ya éste la declaró su amor.

Dijo que trabajaba en la ciudad, que era comisionista o agente de seguros, no recordaba bien. Que ganaba lo suficiente para mantenerla a ella y a una nube de chiquillos. Esto la ruborizó intensamente. En realidad, Buck Holliday hablaba sin rodeos, no se cortaba nunca, parecía muy dueño de sus reacciones, de sus nervios. Muy seguro de sí mismo. Y Nettle no tenía experiencia amorosa alguna. No había tenido tiempo para ello. La enfermedad de su padre la había retenido siempre en su hogar, no tuvo ocasión de trabar amistad con chicas de su edad. Únicamente estaba el caso del hombre del autobús. Pero ello no podía considerarse como una experiencia amorosa.

Fue una de las veces que Nettle tuvo que ir al centro de la ciudad. Efectuó algunas compras para su madre y ella, estreptomycin para su padre e, inmediatamente, se colocó en la parada del autobús que la trasladaría a Foothill.

No había nadie en la espera, hasta que llegó un joven muy alto, bien vestido, con un mechón de pelo rebelde que le caía sobre la frente y que continuamente trataba de domar echándolo hacia atrás. Se puso junto a ella, y Nettle observó que la miraba de reojo.

Cuando llegó el autobús, ambos subieron a él. Hicieron el viaje juntos, sentados el uno al lado del otro. Y dio la casualidad que se aparearon en la misma parada, muy cerca de la casa de la joven.

Ella pensó en el joven del autobús, como lo catalogó desde entonces, escasamente dos minutos. Pero en días siguientes volvió a verlo.

Pasaba todas las mañanas, muy temprano, mientras ella regaba el jardín. Siempre la miraba con insistencia, aunque nunca despegó los labios. Debía vivir varias casas más arriba, en el mismo Boulevard Foothill, y tomaba el autobús en la parada que había a pocas yardas de la casa de los Garrison.

Algunas noches también le vio. Regresaba tarde de Los Ángeles. Seguramente de la oficina, porque tenía aspecto de oficinista, aunque su aspecto era deportivo, con sus anchos hombros y grueso

cuello.

Nettle se había dado cuenta de que aquel joven se había fijado en ella, pero hasta entonces no se había decidido a decirla nada. Ni siquiera buenos días al pasar camino de la parada del autobús.

Buck Holliday había llegado con su simpatía y había hecho olvidar al joven del autobús.

Pero Buck Holliday pronto estaría restablecido. Y volvería de nuevo a su domicilio de Los Ángeles. ¿Volvería, como prometiera, para verla?

Era el tiempo el que se encargaría de resolver la incógnita, y a Nettle no le quedaba más alternativa que esperar y ver por sus propios ojos si las palabras de Buck habían sido sinceras o se trataba tan sólo de un entretenimiento que le había ayudado a extinguir las tediosas horas de la convalecencia.

Porque en el cerebro de Nettle Garrison se había albergado una duda. Muy pequeñita, pero duda al fin y al cabo.

Buck, algunas veces, se mostraba un tanto extraño, y no había pasado inadvertida para la joven tal actitud.

Tenía un carácter muy veleidoso. Su compañero y fiel amigo Albert lo disculpaba, diciendo que era producto del mimo que era objeto a consecuencia de su enfermedad. Pero ya se le pasaría cuando volviera al trabajo.

Un día se mostró excesivamente duro al despedir a un chiquillo chino que solicitó limosna en la puerta del jardín.

Buck, que ya comenzaba a dar algunos paseos sin salir del recinto del jardinillo, se acercó al muchacho y le espetó:

—¡Lárgate, asqueroso! Es mejor que trabajes, y si no sabes o no encuentras, lo robas. Buenos brazos tienes.

El chiquillo, andrajoso y con cara de hambre, escapó rápidamente al ver que Buck se disponía a golpearlo.

Nettle se apiadó del pordiosero y reconvino a Buck.

—No hacía falta que lo trataras así, Buck —dijo con acento dolorido—. Podrías haberle dicho que no podías socorrerlo.

—¡Son como moscas, pequeña! —respondió el convaleciente—. Se ponen pesados y cargantes, además le he dicho la verdad. ¿Por qué no trabaja?

—¿Quién sabe los motivos que han impulsado a esa criatura a pedir limosna?

—Son una plaga inmunda. Todos son confidentes de la «poli»... Buck se calló al darse cuenta de que iba por un camino muy resbaladizo.

No pasó inadvertida a Nettle la última frase de Buck.

—Y eso, ¿qué importa? —dijo—. He oído decir que los confidentes son los mejores colaboradores de la Ley...

—¡Patrañas! —Casi chilló Buck—. Son unos «chivatos» asquerosos. Eso es lo que son. No merecen vivir.

—Pero nosotros... No tenemos nada que ver con eso —balbució la joven.

—Esa gentuza te mete en un lío sin que te puedas dar cuenta de ello —insistió Buck con tono adusto—. Siempre andan metiendo las narices donde no los llaman; husmean, miran, oyen y, después, van con el cuento a la «bofia» y te encuentras entre rejas.

Buck enmudeció. Inmediatamente trató de recoger velas.

—Claro que a nosotros no nos importa; pero yo he leído casos de esa gente que me hacen tener mucho cuidado con ellos. Una vez, a un amigo mío, lo enredaron de tal manera en un asunto que no tenía nada que ver con él, que le costó muchos dólares el librarse. ¡Nada, una acusación de robo! Pero ya mi amigo no va tranquilo a ninguna parte. Cree que todo el mundo le señala con el dedo, que la gente comenta cuando él pasa. Creo que se volverá loco. Y todo porque un tipo de éstos le acusó infundadamente.

—No había pensado nunca en esa posibilidad —Nettle estaba casi convencida—. Desde ahora tendré cuidado con los mendigos.

—Harás bien, pequeña —terminó Buck—. Te irá mejor así.

Nettle pensó a solas en lo sucedido y en las palabras de Buck. Sobre todo en sus palabras. Casi estaba convencida de la verdad de lo que el vecino le había dicho. La gente de mal vivir, los que explotaban su vagancia y los sentimientos del público para medrar y vivir a su modo, podían muy bien ser confidentes que, en determinados casos, se equivocaron o emplearon su mala fe para perjudicar a un tercero, por venganza o por lo que fuera.

Pero no era eso lo que se había quedado grabado en la mente de Nettle. Habían sido las palabras, las expresiones de Buck las que habían hecho mella en su espíritu.

Aquello de «poli», «bofia» y «chivatos» asquerosos sonaba mal en los oídos de la joven. Luego estaba lo de: «¡Si no encuentras trabajo,

robas!». Todo ello resultaba un poco fuerte para Nettle.

Pero no tardó en disculpar a Buck Holliday, aquella mañana parecía nervioso, inquieto. Tal vez no se encontraba restablecido de todo. Y Albert tenía razón al decir que lo habían mimado mucho durante su enfermedad. Toda persona que es mimada y se rodea de atenciones, se torna más impertinente e ineducada.

Ella, que estaba sana, y por tanto en posesión de todas sus facultades, debía mostrarse comprensiva con una mente que acababa de salir de una peligrosa enfermedad.

El incidente del mendigo fue pronto olvidado por Nettle. Pero se produjo otro que intrigó sobre manera a la joven.

Una mañana, muy temprano, salió a regar como de costumbre el jardinillo para que su padre lo encontrara fresco cuando saliera. Nettle quedó embelesada con el espectáculo del sol primaveral ascendiendo sobre las lejanas montañas. Habían llegado los primeros vencejos y volaban raudos sobre los árboles de Foothill, atronando el espacio con sus chillidos.

La joven permaneció durante unos minutos en suspenso, gozando de la frescura agradable de la mañana, sin decidirse a enchufar la manguera.

La interrumpió el ruido de la puerta de la casa vecina al abrirse. Nettle miró con curiosidad. Los vecinos no acostumbraban a mostrarse hasta mediada la mañana. Ni siquiera la mujer que cuidaba a los dos amigos.

Y fue ésta la que apareció en la puerta. Primero asomó la cabeza, como con precaución. Miró arriba y abajo, y al no ver a nadie, salió y atravesó el jardín. En su diestra llevaba un cubo de los que se emplean para los desperdicios.

Salió a la calle sin que Nettle delatara su presencia. Por el contrario, se encogió entre los arbustos para pasar inadvertida, curiosa ante los manejos de la vieja.

La vio avanzar por la calle hasta llegar a un próximo colector de aguas situado en la esquina, y volcar el contenido del cubo. Después volvió de nuevo a la casa y llenó el cubo en el grifo del jardín, volviendo acto seguido a arrojar su contenido en la alcantarilla. Después se metió en la casa y no volvió a salir.

Nettle no tenía motivos, en su retiro, para intrigarse por nada ni hasta entonces se había preocupado por cosa alguna. Era mujer y,

por lo tanto, curiosa.

En el momento en que la vieja desapareció en el interior de la casa vecina, la joven salió del jardín y se encaminó al colector.

Miró con curiosidad. La boca de la alcantarilla estaba húmeda por el agua recién vertida, pero la vieja no había sido muy escrupulosa cuando trató de ocultar lo que había arrojado. Nettle vio vendas en el interior del colector, muchas vendas y algodones empapados en sangre que no habían sido arrastrados por el cubo de agua.

La joven retrocedió de nuevo a su jardín y comenzó a regar la praderita. Pero no podía olvidar lo que había visto. Se impacientó en espera de que Buck saliera a tenderse en el jardín. ¿Habría tenido un vómito? ¿No sería incierta la afirmación de su vecino al decirle que no tenía más que pulmonía, cuando en realidad tenía otra enfermedad más peligrosa?

Deseó ardientemente salir de dudas lo antes posible. Su padre salió y, sentándose en la tumbona, comenzó a leer los periódicos de la mañana. Ya no podía tardar Buck en salir también. Entonces vería si sus sospechas eran ciertas.

Pero la mañana transcurrió sin que ninguno de sus vecinos apareciera. Ella no se atrevió a llamar en la casa de al lado. No quería que la tacharan de entremetida y curiosa.

Por la tarde llegó el médico que visitaba a Buck. Estuvo casi un cuarto de hora en la casa y después salió acompañado por Albert, alejándose sin que a Nettle le diera tiempo de acercarse a ellos y preguntarles por el estado de salud de Buck.

Debía estar peor. Sin duda era eso lo que sucedía. Pero ¿por qué habían ocultado su estado?

Sin embargo, Nettle se equivocaba en sus sospechas. Buck estaba mucho mejor. Ya no necesitaba vendajes que rodearan su tórax. Pronto volvería a ser el Buck de siempre. Trabajaría... Pero eso no lo sabía Nettle.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

III



SO está magnífico, muchacho! Te doy mis últimos consejos, «por ahora», y me despido, también «por ahora».

—Seré feliz si no le vuelvo a ver la cara, «doc», ahora puede decirme lo que le debo y se lo pagará Albert.

—Lo de siempre en estos casos, amigos —dijo el doctor con aplomo—. Extracción de una bala en el pulmón derecho, curas de la herida y material sanitario. Dos mil dólares.

Buck abrió los ojos desmesuradamente. No los habría abierto más si el médico le hubiera dicho que tenía un cáncer en el estómago. Se repuso con rapidez, para decir:

—Mil. Y ya está bien, matasanos. No debe abusar.

—Entonces no volváis a contar conmigo. Yo no me expongo a un disgusto por mil miserables dólares.

Buck se puso en pie. Sus ojos miraron fijamente al médico al mismo tiempo que apretaba las mandíbulas. Éste palideció intensamente y bajó su mirada.

—Bueno. No es necesario discutir, muchachos —dijo al cabo de un embarazoso silencio—. Otra vez me daréis más dinero. Supongo que no estáis en buena situación económica.

—Eso es ponerse en razón —dijo Buck—, de esta manera seremos amigos y le daremos a ganar buenos dólares. Pero sin abusar, de lo contrario sus colegas forenses tendrían algunas horas de trabajo al hacer cierta autopsia.

Dijo las últimas palabras al mismo tiempo que tendía un billete grande al médico. Éste lo tomó con mano temblorosa y se despidió, dejando a Buck y Albert sonriendo y fumando.

—Bueno. Ya estoy dado de alta, Albert. ¿Cómo anda nuestra cuenta corriente?

—No muy bien, Buck —respondió el aludido—. Hemos tenido muchos gastos al tener que alquilar este hotel y pagar al mismo tiempo la pensión en Los Ángeles.

—Pronto nos resarciremos. ¿Qué es lo primero que hay en cartera?

—Hay varias cosas interesantes. Pero creo que lo primero debe ser el cobrador de la casa «Memphis». Es un imbécil que pasa siempre por el mismo sitio y va cargado con una cartera llena de billetes. Es una cosa fácil.

—No me parece mal, Albert. Nos servirá como entrenamiento. ¿Será necesario eliminar al tipo?

—Depende de cómo reaccione cuando vea que nos llevamos la «pasta». Creo que con una buena bofetada tiene bastante.

Buck rió alegremente.

—¿Se habrán olvidado ya de lo del último asunto? No han vuelto a decir nada los periódicos.

—Pues desconfío cuando los periódicos callan —dijo Albert, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Me da la impresión de que algo tramán.

—O de que nada saben por dónde se andan —volvió a reír Buck—. Y creo que estoy en lo cierto. Lo único que pudieron coger fue la muestra de mi sangre. La tendrán bien archivada en espera de compararla. Pero no pienso que vuelvan a ver su color. Esto dispuesto a que sea la de ellos...

—Sin embargo... —objetó Albert, titubeante—. Debemos andar con cuidado... Quiero decir que...

—¡Acaba de una vez, hombre!

—Que no debemos apretar el gatillo con tanta facilidad, Buck.

—¡Ah, vamos! El gran Albert comienza a tener algo de miedo.

—¡No es eso, Buck! De sobra sabes que no tengo miedo a nada ni a nadie. ¿No te lo he demostrado muchas veces?

Buck se levantó de su silla y golpeó la mesa.

—Pues entonces, ¿a qué viene tanto remilgo? —dijo casi gritando.

—Si lo tomas así, es mejor que lo dejemos.

—Estoy conforme. Y recuerda una cosa, Albert. Tenemos encima demasiadas cosas para volvernos atrás ahora. Por cualquiera de esas cosas iríamos a la silla eléctrica. Sólo su mención me pone carne de gallina. Por tanto, prefiero quitar de en medio a todos los que traten de ponerme la mano en el hombro.

—¡Si eso ya lo sé, Buck! No me has entendido. Quería decirte que nuestras conciencias...

—¡Caramba! —exclamó Buck, cruzándose de brazos y mirando divertido a su compañero—. Pero ¿tú tiene conciencia? ¡No me hagas reír, porque se me abriría la herida de nuevo y el médico nos cobrará otros mil del ala!

Albert se sintió molesto, pero no objetó nada.

—Lo que estoy pensando —siguió Buck, mirando malévolamente a su compañero— es que estás deseando dejarme, en traicionarme...

—¡Ahora es cuando te pasas de listo, Buck! —Albert se levantó con violencia y miró a Buck fijamente a los ojos, sin desviarlos—. ¡Jamás he pensado semejante cosa! Llevamos mucho tiempo juntos. Juntos vendimos periódicos y repartimos nuestro pedazo de pan y nuestro frío en las noches de invierno. Juntos hicimos nuestro primer trabajo. ¿Recuerdas? Aquel viejo judío. Pues bien: juntos seguiremos hasta el fin.

Buck continuó mirando a los ojos de Albert. Vio la verdad en lo profundo del pensamiento de su compañero.

—No esperaba menos de ti, Albert —dijo con voz ronca—. Yo sabía todo eso que tú has dicho, pero... de cuando en cuando me gusta oírte. Seguiremos el plan que nos trazamos. Reuniremos lo suficiente para vivir y nos retiraremos antes de que la poli pueda echarnos el guante.

Las manos de ambos jóvenes se encontraron en un estrecho apretón.

—Ahora voy a salir al jardín, Albert. Tú puedes ir a echar un vistazo a ese cobrador mientras yo descanso y veo a la rubita de ahí al lado.

—Te entró por el ojo derecho, ¿eh?

—No me ha pasado nunca esto —dijo Buck, en actitud pensativa—. Tal vez esté experimentando yo eso que llaman amor.

—¡Seguro!

—Creo que... que me casaré con ella, ¿sabes?

—¡Hombre! Tienes buen gusto, Buck. Pero tendrás que esperar algún tiempo, ¿eh? Recuerda que las mujeres son muy curiosas y tienen un sexto sentido que las permite «oler» las cosas que no ven muy claras.

—Tendré cuidado, descuida —dijo Buck con firmeza—. Vamos a trasladarnos a la pensión, en Los Ángeles, y sólo vendré a verla de visita. No podrá «oler» nada.

—De todos modos ve con cuidado. Me dan mucho miedo las mujeres.

—Sí. Y las pistolas tienen nombre de mujer.

Buck salió al jardín. Lo primero que vieron sus ojos fue la abundante cabellera rubia de Nettle, y se encaminó al seto.

La joven lo saludó con muestras de alegría.

—Creí que no te encontrarías bien, Buck —dijo Nettle, apoyándose en la baja tapia—. Me extrañó no verte esta mañana. Luego vi salir al médico con cara de mal humor, y me dije que algo no marchaba bien, que habrías tenido una recaída. Pero quise esperar a que me llamas, y por eso no entré en tu casa.

Buck contempló con arrobamiento el bello rostro de la joven. Vio la sinceridad, la preocupación en él. Preocupación por lo que a Buck hubiera podido pasarle en una recaída. Sinceridad, porque sus ojos denotaban la verdad de las palabras que los rojos labios pronunciaban.

No hacía cinco minutos que él había dicho que «pistola» tiene nombre de mujer. Con ello quiso expresar sus sentimientos hacia el sexo femenino, los cuales no eran muy halagüeños para éste. La desconfianza había presidido sus relaciones con las mujeres que hasta entonces había conocido, que, en verdad, no habían sido muchas. Siempre pensó que pistolas y mujeres eran iguales. Las pistolas se comportaban de la misma manera en multitud de casos.

Un encasquillamiento inoportuno, un fallo en su mecanismo, ponían en un brete al que apretaba el gatillo.

Pero Buck desechó estos pensamientos al contemplar el rostro de Nettle. Con ella al lado no podía pensarse en traiciones. Su cara, angelical, irradiaba dulzura, comprensión, bondad, amor.

—No me pasaba nada, querida —dijo, por fin, Buck, tratando de asir las manos de la joven—. El médico me presentó la cuenta y yo se la discutí. Son unos frescos, que abusan mientras pueden. Le pagué la mitad de lo que me pedía, y por eso saldría con mala cara.

—Pero yo... —Nettle fue a decir algo referente a los algodones manchados de sangre que vio en la alcantarilla, pero se contuvo. Cuando Buck nada decía sobre ello, sería porque tendría algún motivo para no hacerlo.

—Me dio de alta —siguió el joven—. Voy a volver a trabajar y a ahorrar. ¿Adivinas para qué?

Nettle lo miró con ojos risueños. ¡Vaya si lo sabía! Hacía días que creía adivinar las intenciones de Buck. No es que tuviera experiencia, veteranía, pero su espíritu femenino la decía lo que estaba ocurriendo en el ánimo del vecino.

—¿No respondes, Nettle? —volvió a preguntar Buck—. ¿Es posible que no adivines el motivo de mi ahorro?

—Sí, ¡tonto! —dijo, al fin, desviando la mirada—, algo me has dicho y mucho has pregonado con tu actitud, a una mujer no le pasan inadvertidas ciertas cosas.

—Nos casaremos, nena —siguió Buck, lanzado—. Y nos iremos a vivir muy lejos. Quiero comprar un rancho en California o en Texas. Seremos felices.

La conversación continuó por el mismo derrotero. Hicieron planes para un futuro que Buck consideraba muy próximo. Nettle había esperado las palabras del joven desde hacía días, ahora se confirmaban.

—Mañana volveré a Los Ángeles —prosiguió él—. Pero vendré a verte casi todos los días.

—¿Por qué no sigues viviendo aquí, Buck? Hay muchas personas que trabajan en la ciudad y tienen aquí sus casas.

—Tal vez lo haga, pero más adelante —respondió Buck—. Pasaré aquí algún fin de semana.

Nettle no quedó muy convencida, pero tuvo que ceder ante las

razones que aportó el joven. Sus ocupaciones, el género de trabajo. Gastaría mucho dinero si tuviera que pernoctar en la ciudad y mantener al mismo tiempo el hotelito.

Sin proponérselo, Nettle pensó en el hombre del autobús. Ése sí iba todos los días a trabajar a Los Ángeles. Y volvía por la noche, aunque, mirándolo bien, algunas veces debía quedarse en la ciudad, como decía Buck, porque ella había comprobado que de cuando en cuando el hombre del autobús no había pasado de noche por delante de la casa de los Garrison ni ido a la parada por la mañana. Poco después, Buck se despedía de la que consideraba ya su prometida. Entró silbando en su casa. Se sentía contento, eufórico. Su sueño dorado comenzaba a cumplirse punto por punto. Ese sueño con que disfrutaba despierto en la época en que era un golfillo, un vendedor de periódicos que vivía en la calle y pasaba hambre la mayoría de los días.

Antes de dormirse sobre un banco público, en el quicio de una puerta, en cualquier sitio, pensaba en poseer una buena casa, rodeada de prados y árboles. Dinero abundante en un banco o en su caja de caudales. Hombres a sus órdenes y una esposa que siempre se la imaginaba con el rostro de una artista cinematográfica, guapa, de deliciosa silueta, amena conversación y espíritu rendido a sus órdenes. Un ideal de mujer, dicho en pocas palabras.

Comenzaba a tener dinero. Lo ganaba con cierta facilidad, aunque algunas veces le costara derramar su propia sangre. Era la que importaba, por supuesto. La sangre de los demás no tenía importancia alguna.

Después de comenzar a ganar ese dinero, conocía a una mujer con cara de artista de cine y silueta maravillosa. Y esa mujer admitía sus proposiciones, que la encaminarían a convertirse en esposa de él.

De ahí a comprar el rancho de sus sueños no había más que muy pocos pasos. Todo dependía de las artes que desarrollara su compañero Albert buscando «trabajo» remunerativo.

Y de momento no parecía muy mal encaminado Albert. Había buscado un asunto que parecía hecho a la medida para «abrir boca» después de su «enfermedad».

Buck esperaba que se deslizara todo con la máxima facilidad, atracar a un cobrador solo no era cosa que constituyera una ardua tarea.

Y Albert estudiaba a conciencia el terreno y a las víctimas antes de dar el golpe.

A buen seguro regresaría aquella noche con la información completa para llevar a cabo lo antes posible «la cosa».

Y no se equivocaba Buck en sus suposiciones. Cuando Albert penetró en la casa, saludó con amplio gesto a su compañero.

—¡Todo arreglado, Buck! —dijo, tomando y sirviéndose una generosa ración de *whisky*—. Ha sido muy fácil.

—Me alegro, Albert —respondió Buck—. ¿Será tan fácil el golpe?

—Espero que lo sea más aún, muchacho —dijo Albert, apurando de un trago el contenido de su vaso—. Y te lo explicaré para que hagas las objeciones que creas necesarias por si a mí se me escapa algo.

—Venga, Albert. Eres una alhaja inapreciable.

—Sin cobarde. Sabes que no la necesito, como sabes también que recojo informes preciosos para que nuestro trabajo resulte lo más cómodo posible.

De nuevo se llenó el vaso de licor y miró a Buck.

—No protestes —continuó—, si el producto no es muy considerable, pero la facilidad de llevarlo a cabo compensa todo, además, recuerda que hay en perspectiva otras cosas más fuertes...

—No des tantas vueltas y explícate —interrumpió Buck.

—A ello voy. El cobrador de la casa «Memphis», como te dije en otra ocasión, es un pobre imbécil. He estado junto a él mientras el limpiabotas negro del «Clarendon Bar» lustraba sus zapatos. Ya conoces a «Perla Boy»: se las arregla muy bien para hacer hablar todo lo necesario a las personas que se le manda. Bueno. El cobrador ese siente un legítimo orgullo porque nunca le ha faltado ni un centavo. Dice que los cobradores de otras casas se rodean de gran aparato cuando transportan las sumas de dinero. Les acompañan guardaespaldas, van en coches protegidos por policías, algunas veces en camionetas blindadas, según la importancia de la suma que llevan...

—Todo eso lo sé, Albert —interrumpió Buck nerviosamente—. ¿No puedes ir más derecho al asunto?

—Es que todo eso lo dice el cobrador de «Memphis» —siguió Albert—. Y en ello estriba su idiota fatuidad. Dice que nadie puede fijarse en él porque va siempre solo, con una vieja cartera bajo el brazo, en la que van guardados más de diez mil dólares. Pero eso nadie lo

sabe más que él. Estuve por decirle que además lo sabíamos el limpiabotas de «Clarendon», yo y todos los empleados de la «Memphis».

—Sigue, Albert. El mundo está lleno de imbéciles.

—Y que lo digas, hijo. Se creen muy listos y... Pero, bueno: el sábado, el buen hombre, hace su recorrido. Reúne sus dólares y va hacia la «Memphis», siempre a la misma hora. El resto te lo puedes figurar.

—Sí. Me figuro el resto. Hoy, ¿qué es?

—Viernes, si no me equivoco.

—¿Mañana, entonces?

—Mañana, sin duda alguna.

—Diez mil dólares no son muchos, pero nos servirá para ponernos a flote antes de emprender otras cosas. Recuerda que necesito dinero urgentemente. He convencido a Nettle Garrison para que se case conmigo.

—He pensado en ello, Buck. Pero tú no estás fuerte del todo. Este asunto servirá para que entres en «calor».

—Sí. Pero más dinero, más dinero. Miles de dólares... ¡Millones!

—Despacio se va más lejos.

—No quiero ir despacio. Cuanto más tiempo tardemos en hacernos ricos, mayor será el peligro de que la policía nos eche el guante. Un buen golpe y después... ¡desaparecer!

—No vuelvas a mencionar a la policía, Buck. Es de mal agüero...

—¡Bah! Son también unos imbéciles. No cogen más que a raterillos piojosos. Es distinto cuando dan con cerebros inteligentes, como los nuestros. Entonces se vuelven locos buscando inútilmente.

—Es cierto, Buck —le interrumpió Albert—. Haciendo las cosas bien, no nos pondrán las pulseras. Pero... no me gusta la palabra policía.

—¡Supersticiones! Otra cosa sería el F.B.I. ¡Ésos sí que trabajan bien y deprisa! Pero tú y yo tenemos la suficiente vista como para no molestar a esos señores.

Llamarse Jack Smith en los Estados Unidos es cómo llamarse Louis Dupont en Francia o Juan Pérez en España. No quiere decir nada el nombre por su monótona abundancia. Es un apellido gris, aunque, en realidad, pueda corresponder alguna vez a un hombre de genio, listo, trabajador, eminente.

Pero en este último caso no estaba el Jack Smith que efectuaba cobros a domicilio por cuenta de la casa «Memphis». Era de estatura menos que mediana, no tenía más que un cerquillo de pelo alrededor de la cabeza, dejando el resto del cráneo limpio y brillante. En cambio, sus manos eran velludas y las movía con suma agilidad cuando contaba billetes de banco.

Los clientes de la casa «Memphis» eran siempre los mismos y efectuaban sus pagos por medio de Smith el mismo día de la semana. Éste pasaba a la misma hora por los despachos y encontraba el dinero preparado, aguardándole. No tenía más que recogerlo, y después de introducirlo en su vieja cartera de cuero, partía hacia otro sitio, donde repetía la operación.

Smith se sentía orgulloso de no haber sufrido nunca ningún contratiempo en el transcurso de varios años mientras hacía sus cobros. Y, además, no lo esperaba. Eran muy poco importantes él y las cantidades que llevaba encima para que ningún hampón profesional parara mientes en asunto de tan poca monta.

Por ello tenía confianza y caminaba tranquilo y sin sospechar que dos sujetos se le colocaron a ambos lados, aunque un poco retrasados, cuando él salió del «Parker Bank» de hacer efectivo un cheque, última operación que efectuaría aquel día.

Su coche estaba a pocos pasos, en el aparcadero. Era un «Ford» modelo «T», que le hacía buen servicio.

Cuando se disponía a abrir la portezuela para saltar al artefacto, sintió algo duro que se le incrustaba en el costado derecho, al mismo tiempo que una voz susurraba en su oreja:

—Oiga, Smith. En nuestro coche irá más a gusto. ¿Se convence de ello?

Con las últimas palabras del que le abordara sintió que la presión en su costado aumentaba hasta hacerse casi dolorosa.

Inmediatamente se dio cuenta de lo que sucedía. Y el pánico se apoderó de él.

Ya no tuvo fuerzas más que para mover la cabeza de arriba abajo y dejarse conducir por los dos individuos hacia un automóvil grande y reluciente que había a pocos pasos.

Sin abandonar su cartera, ascendió al coche, y vio que uno de los hombres, que tenían el aspecto de «gangsters», con sus sombreros muy calados en las cabezas y las alas bajadas sobre las caras, se

sentaba a su lado, mientras el otro se ponía al volante.

Poco después el coche partía del estacionamiento y ascendía, a marcha moderada, por el Sepúlveda Boulevard.

«Voy hacia Santa Mónica», pensó Smith. Y se aterró más de lo que estaba al pensar que los alrededores de Santa Mónica están semidesiertos y que los dos individuos podían dispararle un par de balas en la nuca y dejarlo tendido en la cuneta.

El automóvil aumentó la velocidad a medida que el tráfico fue haciéndose más raro.

De pronto, se iluminaron los ojos de Smith. Unas yardas más allá, en un cruce de carreteras, había un motorista de uniforme. Estaba sentado sobre el sillín de su máquina y fumaba tranquilamente un cigarrillo.

¡Si él se atreviera a llamar la atención del policía!

Pero como si el hombre que iba a su lado hubiera adivinado los pensamientos de Smith, éste sintió que de nuevo algo duro se le clavaba en un costado.

—¡Ni despegues los labios! —advirtió una voz suave, pero convincente, junto a la oreja del cobrador secuestrado—. Lo pasarías mal y el «poli» se encontraría con unas cuantas balas. ¡Serás buen chico!

Smith quedó plenamente convencido, al pistolero no le costaría ningún trabajo apretar el gatillo de su pistola y la bala se le metería en el estómago. Después harían lo mismo con el motorista, que, descuidado e indiferente, nada podría hacer por detener al coche en su carrera.

No. No podía moverse sin que su vida y la del policía se extinguieran, a lo mejor no le hacían nada cuando llegaran a su destino.

El coche cruzó por delante del motorista, que lo miró con indiferencia. Luego una suave curva hizo desaparecer de la vista de Smith, que miraba por medio del espejo retrovisor, su única esperanza de liberación.

Quince minutos más tarde el coche frenó con ligero chirriar de neumáticos que se adherían al asfalto. Sólo quedó el suave trepidar del motor, que sonó a himno de muerte para Jack Smith.

El hombre que iba al volante hizo ademán de abrir la portezuela para apearse, pero su acción fue interrumpida por la voz del otro.

—Déjalo, Buck. Yo lo haré. Me es más fácil bajar con éste. Tú ve dando la vuelta al coche.

El que había hablado descendió y se encaró con Smith. En su diestra había, firmemente empuñada, una pistola de calibre máximo. Ya no fue su contacto el que amedrentó al cobrador de «Memphis». Fue la visión del arma que, a todas luces, iba a segar su vida.

Quiso resistirse a bajar del automóvil. Ellos necesitaban el coche para regresar a Los Ángeles y no se atreverían a hacerlo con él, muerto en el vehículo. Con manchas de sangre, tampoco. Era algo muy peligroso, o al menos así se lo figuraba Smith.

Una mano penetró en el interior del coche y agarró por las solapas al temeroso cobrador. Luego tiró hacia fuera, y Smith se encontró en pie sobre el borde de la carretera.

Dos lágrimas saltaron de sus ojos y corrieron silenciosamente por las rubicundas mejillas, allí terminaba su vida, de eso estaba seguro. Como un fárrago de ideas en tumulto, pero claras, diáfanas, invadió su mente ofuscada.

Sí. Iba a morir. Los pistoleros borraban a sus espaldas un testimonio viviente que podía identificar sus caras en un momento dado. Lo iban a matar sin piedad.

Una voz, procedente del interior del automóvil, sacó de su abstracción al cobrador:

—Acaba, Albert. No podemos perder mucho tiempo. Hay que dejar el coche...

El llamado Albert empujó a Smith hacia un bosquecillo, cerca de la carretera. La pistola continuaba firmemente empuñada. Por la imaginación de Smith no pasó, ni remotamente, la idea de revolverse, de atacar a su verdugo. Se consideraba excesivamente insignificante para hacerlo.

Y de pronto, el mundo pareció estallar. Su cabeza se hundió en una sima negra, al mismo tiempo que sus oídos percibían una detonación. El estampido de un disparo que parecía prolongarse indefinidamente.

Experimentó dolor en la mandíbula, como si algo muy duro hubiera chocado contra ella. En su hombro, un picotazo de fuego. Todo se hizo confuso. Caía en la sima sin fondo, negra, terrorífica. Se lo tragaba... ¿Era eso la muerte?

Albert volvió al automóvil.

—Vámonos —dijo, tomando asiento al lado de Buck y cerrando la portezuela con fuerte golpe.

—¿Muerto? —preguntó su compañero, mientras desembragaba y el coche comenzaba a rodar.

—No. Fuera de combate solamente —fue la respuesta—, a no ser que haya fallecido de terror.

Buck miró al que iba a su lado con ojos maliciosos.

—Me lo figuraba —dijo—. Estaba maravillado porque quisieras hacerlo tú, cuando siempre te ha repugnado.

—¡Da lo mismo, Buck! Ese hombre no hablará nunca en contra de nosotros porque no le dejará el miedo. Cuando despierte y vea que no ha muerto y que sólo tiene una herida leve en un hombro, se sentirá agradecido.

—¡Más vale que no te equivoques, Albert! Pero yo no soy amigo de eso.

—Dejémoslo. Voy a ver cuánto hay en la cartera —dijo Albert, inclinándose hacia el asiento posterior y recogiendo la cartera del cobrador.

La abrió y miró su contenido.

—Lo que me figuraba —dijo—, algo más de diez mil...

—Para lo que nos ha costado, no está mal —comentó Buck, girando el volante para dirigir el coche por distinta carretera a la que se encontraba el motorista—. Pero es de esperar que no nos cueste más tu sentimentalismo.



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.

**JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán
P R O E Z A S**

IV



GARRISON, reclinado en su sillón extensible, bajo los árboles de su jardín, leía los periódicos de la mañana, mientras su hija, sentada junto a él, colocaba algunas macetas recién arregladas.

Era una mañana clara de primavera, deliciosamente perfumada con mil aromas procedentes de los jardines del bulevar. Había muchos chiquillos en la calle que alborotaban con sus juegos, libres de la obligación de asistir a la escuela por ser domingo.

—Otro atraco que quedará sin resolver satisfactoriamente —rompió el silencio míster Garrison—. No sé qué hace la policía. Hay una página entera a relatar estos hechos y otros semejantes.

—Sin embargo, yo no he visto nunca en la calle una de esas persecuciones a tiros que tanto prodigan las películas —dijo Nettle

—. Siempre me han parecido mentiras que inventan los periodistas para interesar a la gente con relatos emocionantes.

—No lo creas, querida. Existen esas cosas en la realidad. Lo que ocurre es que los Estados son muy grandes y es difícil contemplar esas luchas. Yo vi una durante mi viaje a Chicago...

—Ya me la has contado, papá —le interrumpió Nettle, divertida, porque esperaba que su padre relatará por milésima vez la experiencia pasada durante su viaje a Chicago—. Pero eso fue cuando eras joven... ¡Y en Chicago!

—Es cierto que ahora ha descendido el número de delitos de esa especie. Han aumentado los medios policíacos. Y, además, está ese F.B.I., integrado por hombres audaces, que baten a los «gangsters» antes de que éstos puedan constituir bandas peligrosas. Pero no era esto de lo que te quería hablar... ¡Ah! Sí. Era con respecto a este atraco a un cobrador de la casa «Memphis». Parece el menos emocionante y, sin embargo, veo en él la intervención de hombres que saben lo que se hacen.

—Yo vi una película hace poco en la que la protagonista...

—¡Déjate de películas! Lo que le ha pasado a este pobre hombre debe haber sido una experiencia terrible. ¡Fíjate! Dice en su declaración que creyó que lo iban a matar los pistoleros. Pero se conformaron con darle un puñetazo en la barbilla y rozarle con una bala. Está tan asustado que la policía no ha conseguido sacarle una descripción de los bandidos.

—¡Bah! Serán tipos corrientes, de los que no es fácil conservar un recuerdo.

—¡No, hija! La cara de un hombre que lo ha amenazado a uno de muerte, no se borra de la imaginación. Lo que ocurre es que el hombre está asustado. Debieron amenazarlo de muerte si decía algo. Pudieron matarlo impunemente para borrar pistas.

—Aficionados, tal vez. ¡Hola, Buck! No te esperaba tan pronto.

Las últimas palabras de Nettle fueron dirigidas al joven que empujaba en aquel momento la pequeña puerta de hierro del jardín. Buck penetró resueltamente y se dirigió hacia el lugar que ocupaban el padre y la hija. Vestía elegantemente. Un traje recién estrenado, sombrero nuevo, camisa y corbata, a Nettle le causó muy buen efecto, acostumbrada a verle siempre con chaquetilla de pijama y zapatillas.

La joven no se fijó en lo detonante del traje ni en el color amarillo de los zapatos ni en la forma de llevar el sombrero, echado a un lado. Buck era más bien alto y de facciones correctas, y Nettle lo miraba a la cara.

—Me parecía que había pasado un año sin verte, Nettle —dijo Buck, sin despojarse del sombrero—. Por eso he venido esta mañana. ¿Es que no te agrada verme?

—¡Oh, sí! ¡Mucho! —respondió la joven—. Pero yo estoy sin arreglar.

—Tú estás guapa de todas las maneras, ¿verdad, viejo?

Garrison arrugó el entrecejo al oírse llamar viejo. Pensó durante un momento, tratando de averiguar si el vecino se lo llamaba de una manera cariñosa o era, simplemente, una expresión vulgar, de hombre ineducado. No acababa de gustarle Buck.

—Sí. Mi hija está muy guapa siempre y no necesita afeites —dijo, al fin—. Yo se lo repito muchas veces. La belleza natural...

—No nos sermonees, papá —le interrumpió Nettle—. ¿Qué tal te sienta la vuelta al trabajo, Buck?

—¡A las mil maravillas, chica! —respondió Buck, abombando el pecho—. Tengo varios negocios entre manos que me permitirán llevarte a la Vicaría en menos de quince días.

El entrecejo de Garrison volvió a contraerse con disgusto.

—Pero... ¡aún no he dicho nada a mis padres, Buck! —dijo Nettle, con el rostro del color de las amapolas—. Eres muy impulsivo.

—¡Narices! Soy como hay que ser en los tiempos que vivimos —siguió Buck, muy dueño de sí—. Te dije que me casaría contigo costara lo que costara. ¡Oye! No te volverás atrás, ¿verdad?

Nettle no respondió, aunque sus ojos miraron fijamente a Buck.

—Me sentaría muy mal, ¿sabes? —continuó Buck—: Me he forjado los sueños más bonitos. Hoy precisamente venía para hablar con tu viejo...

La mano diestra de Garrison tamborileó nerviosamente sobre el brazo de la hamaca.

—Pero, has debido avisarme, Buck —musitó Nettle, confusa—. Yo no había dicho nada a papá y puede creer que trataba de ocultarlo.

—Pero bueno: ¿tú quieres casarte conmigo, sí o no? Contesta de una vez y no des tantas vueltas a las cosas.

—Sigues siendo un impulsivo, Buck.

—Oiga, joven —intervino Garrison—. Esto es lo más parecido a un atraco. Estas cosas se hacen por sus pasos contados. Nettle es una hija de familia y no una aventurera...

—¡Pero, hombre! —le interrumpió Buck, mirando intensamente a los ojos del padre de Nettle—. Yo no ofrezco nada deshonesto. Quiero casarme con su hija y voy y se lo digo. ¡Qué atraco ni qué narices!

—Es ella la que debe contestar, amigo —dijo Garrison—. Cuando no lo ha hecho ya de una manera resuelta, es que no está muy animada...

—¿Es verdad eso, pequeña? —preguntó Buck, con gesto malhumorado.

—¡Vais a volverme loca con tantas preguntas! ¿Os callaréis de una vez? —exclamó la joven, poniéndose en pie y encarándose con Buck, como animada de firme resolución—. Parece mentira que seas tan brusco, Buck. Has llevado con muy poca habilidad la conversación. Como ha dicho papá, parece más bien un atraco que una petición de mano.

Buck escudriñó el rostro de Nettle. Después miró al padre, e hizo lo mismo. Tenía la impresión de que estaban jugando con él. ¿Qué significaba tanta alusión a atracos? Ya le estaban cargando el padre y la hija. Si no fuera porque estaba verdaderamente enamorado de la chica, habría contestado de una manera adecuada para que no les hubiesen quedado ganas de hacer juegos de palabras. Sobre todo el viejo estaba cargándole ya con exceso.

Buck no tenía don de gentes ni cortesía y apenas educación. Sólo sus instintos, dejados en libertad, eran los que lo llevaban a concebir las más audaces empresas y, lo que era peor, a llevarlas a cabo.

Y para un mediano observador, esto saltaba a la vista. Garrison no es que fuera un gran observador, ni mediano siquiera. Pero tenía la suficiente cantidad de años para saber distinguir entre una clase de personas y otra. Por ello, no le acababa de gustar el pretendiente de su hija. Sin embargo, nada podía hacer. Conocía lo peligroso que es el tratar de contrariar a una mujer enamorada, y su hija lo estaba. Eso saltaba a la vista. Ni siquiera a darla un consejo se habría atrevido por temor a precipitar a Nettle en brazos de Buck.

Él esperaba que la muchacha fuera lo suficientemente inteligente

como para darse cuenta de la clase de hombre que quería casarse con ella.

No era de su educación. Era zafio, grosero. Y eso con gentes con las que normalmente el hombre más brusco debe comportarse con cierta cortesía. Buck no lo hacía. «Seguramente —pensaba Garrison—, cuando el muchacho adquiriera confianza, sería capaz de hacer y decir cosas más... ¿Cómo lo diría él? Más bruscas, más bestiales». Pero, sin embargo, todo eran figuraciones suyas. Quizá producto de su imaginación, engendradas por un anhelo de ver casada a Nettle con un hombre educado, fino, cariñoso.

—Yo soy siempre así —siguió Buck, después de un minuto de silencio—. No deben ustedes hacer mucho caso de mi manera de ser. No sirvo para fingimientos ni pierdo el tiempo en palabrería inútil. Voy derecho al grano. Y el grano, en esta ocasión, es que me quiero casar con Nettle... Si ella me quiere tomar por marido. Mis propósitos son honrados, puesto que es el matrimonio lo que deseo, de manera que contéstame y comenzaremos los preparativos.

—Pero ¿no le parece muy rápido todo? —insistió de nuevo Garrison.

—Es que quiero comprar una casa que sea del gusto de los dos —respondió Buck tercamente—. ¡Contesta de una vez!

Nettle se llevó ambas manos al rostro. Buck le parecía otro hombre. ¿Sería que estuviera excitado por el paso que daba? Rápidamente se decidió.

—Vamos a conocernos un poco más, Buck —dijo—. En anteriores conversaciones te he dejado entrever que no me desagradaba la idea de casarme contigo. Pero mi padre tiene razón. ¡Si apenas nos conocemos! ¡Si no puedes quererme! ¿Y si resulta que es un capricho tuyo, del tiempo que has estado solo, sin salir a la calle?

Buck comprendió que había obrado mal. Se maldijo interiormente por haber tratado el asunto de una manera tan poco diplomática. Debía haber confiado en su amigo Albert. Éste sabía hablar mejor que él y estaba seguro de que habría obtenido mejores resultados.

—Bueno —dijo—. Yo... me parece que he estado un poco... brusco. Creo que debo... pedirles perdón.

Él mismo estaba maravillado de su nueva actitud. Pero la muchacha lo merecía. ¡Qué se casara con él y vería el viejo adónde lo mandaba de un buen puntapié!

—Sí —continuó—. Les pido perdón. Yo haré que ustedes me conozcan y no tengan reserva alguna hacia mí, ahora me marcho. Nettle se aproximó a Buck y puso una de sus manos en el antebrazo de él.

—Vuelve pronto, Buck —susurró—. Te esperaré todos los días. Ya se convencerá papá de tus buenas intenciones.

—¡Y tú también! —dijo Buck—. Sí, pequeña. Volveré siempre que me lo permita el trabajo.

Nettle vio cómo salía a la calle y se volvía para cerrar la puertecilla de hierro. Le hizo un gesto de despedida con la mano y se volvió hacia su padre.

Cuando Buck salió se cruzó con un hombre alto que acababa de apearse del autobús. El hombre le miró a los ojos y Buck no tuvo más remedio que desviar los suyos.

Le extrañó aquella mirada. Dio varios pasos y volvió la cabeza. El hombre que acababa de cruzarse con él miraba entonces hacia el interior del jardín de los Garrison. En su expresión parecía haber algo de tristeza.

—¿Qué tal te ha ido, Buck? No parece que traigas una cara muy alegre.

Buck miró a Albert con cara del que va a comenzar a repartir puñetazos.

—Estás desencajado, Buck. ¡Dime lo que te ha pasado, hombre!

—Se creen aristócratas, ¿sabes? —respondió, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo para no desahogar su cólera con su amigo—. Pero yo voy a demostrarles que valgo mucho. ¡Voy a ahogarlos en dinero! ¡Necesito mucho dinero para que el idiota ese no sienta tantos escrúpulos!

—Pero bueno —dijo Albert, sirviendo una copa de licor a su compañero—. Dime qué ha sucedido.

—No me ha dicho el viejo que me fuera, por una verdadera casualidad —siguió Buck, apurando de un trago la copa—. Menos mal que ella me ha dado esperanzas. ¡Sí no...! ¡Bueno, me los habría cargado a los dos!

—De esa manera no vas a poder encontrar novia, Buck —objetó Albert—. Es que te precipitas demasiado, ésa es la verdad. Hay que ir con más cautela.

—¡Pero eso es idiota! —Buck aporreó la mesa colocada entre las dos

camas—. Yo he ido y la he dicho que me iba a casar con ella. ¿Hay algo de malo en eso? Di, ¿hay algo de malo?

—Sí. Que no has hablado con la chica más que media docena de veces y a través de una tapia. Si la hubieras invitado al cine esta tarde, habrías tenido más tiempo de decirle cosas y en estos momentos estaría como una seda.

—¡Pero si es el padre el que pone las pegas! ¡Cómo vuelva a decir algo a la chica, voy y le retuerzo el cuello! ¡No necesita mucho para morir! Pero, bueno. Dejémoslo, por ahora. Ya tendré tiempo de conseguir lo que quiero. ¿Qué has hecho tú?

—Poca cosa, Buck. Estoy reuniendo material para un asunto muy bueno. Ya me queda poco, a mediados de semana lo haremos si antes no hay contratiempos.

—Hay que hacerlo mañana, Albert. ¿Me oyes? Necesito dinero a montones. Voy a comprar una casa, un coche, alhajas, todo lo que sea necesario para deslumbrar a Nettle y hacer que su padre agache las orejas.

Albert miró a su compañero. Le asustaba la actitud de Buck por lo que tenía de peligrosa para todos. Tenía miedo de que lo echara todo a rodar por haberse enamorado de una mujer.

Hacía algún tiempo, cuando ambos aún no habían hecho más que pequeños hurtos, porque sus edades no les permitían lanzarse al atraco, habían hablado con respecto a las mujeres. Ellos conocían a varios hampones en el barrio en que vivían que habían ido a parar a la cárcel por culpa de las mujeres. Y se prometieron no dar cabida a ninguna hembra en sus trabajos, ahora se daba cuenta Albert de que tenían razón cuando no eran más que dos pilluelos desharrapados.

Buck se había fijado en una chica y lo había vuelto loco. Y sería muy difícil frenarlo.

Albert trató de distraer a su amigo, hablándole del próximo golpe.

—Esta vez va a ser algo gordo, Buck. Y sin peligro.

—¿Gordo? ¿Cuánto? —preguntó Buck, con lo ojos relucientes.

—No lo puedo calcular. Será joyas, y ya sabes lo que eso vale. Una tienda entera de joyas.

—¡Magnífico! ¡Una tienda entera de joyas! ¡Las pondré a los pies de Nettle y arrojaré algunas a la cara del viejo! Y les diré: ¡Ahí tienen lo que gano, lo que valgo! ¿Hay alguna pega para que me case con la muchacha?

—Y entonces vas a la cárcel por la vía más rápida. Tienes que tener más cabeza, Buck. Estás obcecado y puede ser nuestra perdición. ¿Recuerdas que prometimos no tener contacto con mujeres?

—¡Pero esto es distinto, idiota! —chilló Buck—. Yo me refería a esas otras mujeres de mal vivir. Ésas son las que pierden a los hombres. Pero Nettle es una señorita, ¿lo sabes? ¡No confundas!

—Pero te está perdiendo, Buck. Estás diciendo unas cosas que, si te dejas llevar a la práctica, serán nuestra ruina.

—¡Oye! ¿Es que tú también tratas de apartarme de mi novia? —Buck se había levantado de la silla que ocupaba y se acercó a su compañero en actitud amenazadora—. ¿Sabes lo que llevo aquí?

Se tocó la chaqueta a la altura del sobaco. Después agarró a Albert por las solapas de la americana.

—Esto es una medicina contra los traidores. Contra los que me quieran quitar la novia. ¡Tú estás enamorado de Nettle y eso no se lo consiento a nadie!

—Así no podemos seguir, Buck —Albert estaba pálido—. En esta atmósfera de desconfianza no nos saldrá nada bien.

—¡Contesta! ¿Te gusta Nettle? ¿Serías capaz de traicionarme por ella?

Albert se desasíó con violencia de las manos de su compañero y se apartó varios pasos.

—No tienes derecho a decirme eso, Buck —dijo, jadeante—. Y recuerda que yo también tengo de esa medicina.

Buck se echó hacia atrás como si hubiera recibido una bofetada.

—¿Me amenazas? —Casi gritó—. ¿Te atreves a amenazarme?

—Trato de decirte que no me gusta que estés continuamente acusándome de traición, cuando, en realidad, eres tú el que comienzas a traicionar nuestra amistad, nuestra unión y nuestros planes.

—Dime: ¿te gusta?

—En el momento en que tú has puesto los ojos en ella, no me gusta, Buck. Únicamente lamento que se haya interpuesto entre nosotros por culpa de tus idiotas sospechas. También siento que esa muchacha no tenga mejor suerte.

—Explícate mejor.

—Parece una buena chica y no tenemos derecho a destruir su vida.

—¿Casarse conmigo destruiría la vida de Nettle? ¿Conmigo? ¿Con

un hombre rico? Ahora eres tú el que dices tonterías. No acabo de comprender tu manera de pensar. Siempre un poco... tímido y soñador.

Albert había tenido habilidad suficiente para desviar el tema de conversación. Buck parecía más calmado, menos peligroso en su arrebatado.

—Sentémonos, Buck, y charlemos sin acaloramientos que nos puedan llevar un día a hacer una imbecilidad gorda. He dicho antes que es muy pronto para que pienses en casarte. Esto es lo que quiero que comprendas.

—Pero he encontrado la mujer que me gusta.

—Y más tarde también encontrarás otra que te guste más que ésta. Yo no digo que no te cases. Yo mismo lo haré algún día. Pero a su debido tiempo. Reúne primero un buen capital. Borra todo el pasado para que nunca te puedan poner la mano en el hombro, y, entonces, cástate. Nadie te molestará y vivirás tranquilo y rodeado de mocosos. Pero ahora es un contratiempo fatal.

Buck quedó pensativo, rumiando las palabras de Albert. Luego levantó el rostro y dijo:

—¡De acuerdo! Vamos a dar un golpe bueno. ¡Uno solo! Pero que sea lo bastante fuerte como para que podamos retirarnos de trabajar. Entonces me casaré con Nettle y me iré al otro extremo de la nación.

—Te pones en razón, Buck. Podemos hacer eso que dices. La cosa está planeada y sólo resta adquirir algunos informes complementarios. Lo he pensado bien y saldrá a pedir de boca.

—¡Pues, claro, hombre! —rió Buck, llenando dos copas de *whisky*—. ¡Verás cómo la «poli» se vuelve loca, como siempre que nosotros hemos actuado! ¿Recuerdas el último asunto? ¡Toda la policía y el F.B.I, juntos no fueron capaces de dar con nosotros!

—No digas eso, Buck. Sobre todo del F.B.I. Doy gracias a que «ésos» no tienen que buscarnos. Siempre procuré no molestarlos para nada.

—¡Aunque así fuera! —dijo Buck, eufórico—. No nos encontrarían nunca.

Albert no dijo nada. Tenía un miedo supersticioso al F.B.I. Si él hubiera sabido que un agente federal no se daba punto de reposo en la búsqueda de los asesinos de un compañero, no habría estado en

aquellos momentos en Los Ángeles. Habría huido a cualquier sitio del mundo, aunque hubiera sido un desierto.

Y sin embargo, la verdad era ésa. El agente federal Culbert Griffith, encargado de frenar la oleada de atracos, había movilizado a todos los confidentes de Los Ángeles. Cientos de personas de distintas condiciones y variada condición social husmeaban por todas partes para ganarse la recompensa ofrecida al mejor informe que pusiera a los agentes sobre la pista de la banda criminal.

El mismo Culbert reconoció el automóvil y tomó declaración al cobrador de «Memphis». Después de estudiar las características de ambos atracos, llegó a la conclusión de que habían sido cometidos por los mismos individuos. Y Culbert tenía olfato de sabueso para esas cosas.

Se percató de que Smith estaba francamente asustado, de nada sirvió darle toda clase de garantías de seguridad. El hombre no despegó los labios.

Sólo una confidencia era la que podía ponerle sobre las huellas de los pistoleros.

Pero ¿cuándo se produciría?



¡ ATENCION!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXTOS!

triumfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F. B. L

V



UCK penetró en la tienda y compró un gran ramo de flores. El más grande que se pudiera transportar. Tomaría un taxi.

Luego adquirió una gran caja de dulces, otra de bizcochos y algunas botellas de vinos portugueses y españoles. Con todo ya en el taxi, dio la dirección del bulevar Foothill.

Hizo que el conductor le ayudara a entrar los paquetes en el hotel de los Garrison, y después le dio una espléndida propina.

Esto último a la vista de Nettle y sus padres.

Buck había sido aleccionado por Albert y, después de mucho pensarlo, comprendió que su amigo tenía razón, a la novia y a los Garrison había que ganarlos con regalos y con cariño o algo que se le pareciera.

Entregó todo a la madre de Nettle y puso las botellas cerca de míster Garrison. El ramo de flores lo distribuyó la joven en diferentes búcaros por toda la casa.

Ella se mostró contenta y Buck comenzó a pensar que su amigo Albert tenía razón, porque también la señora Garrison parecía agradecer los regalos.

—Estos bizcochos los tomarás con el vino —decía a su marido—. Son tónicos y además sirven para abrir el apetito.

—Por eso los he comprado, señora Garrison —dijo Buck, con su voz más melosa—. Quiero borrar la mala impresión que causé el otro día al viejo.

—No debías haberte molestado, Buck —comenzó a decir Nettle, agradecida.

—No protestes ni digas nada, nena —cortó el joven—. Es para tu padre y nada más. Pero también he traído una cosa para la señora Garrison. ¡Mire! —Y alargó un paquete alargado a la madre de Nettle.

La señora lo desató con manos nerviosas y extrajo una bata de raso.

—¡Oh! Pero... ¡Esto es excesivo! No ha debido hacerlo.

—He hecho un buen negocio y quiero que los padres de mi prometida también se benefician.

Buck no lo estaba haciendo nada bien. Si Albert hubiera podido verle, habría desaprobado sus modales y la manera de «aplastar» a los Garrison con los obsequios que había llevado.

Nettle no se daba cuenta más que de la buena intención de Buck. Lo demás pasaba inadvertido para ella. Su madre estaba encantada con el regalo que, en realidad, no tenía nada de apropiado para una mujer de su edad, y contentísima por las golosinas.

Sólo Garrison no desarrugaba tan fácilmente el ceño. Pero al menos no rechazó nada, y eso era un tanto muy importante para Buck.

—He entrado con buen pie en los negocios después de mi enfermedad —comentó Buck, arrellanado en un butacón—. Con otros cuántos gol... asuntos así, conseguiré lo que me propongo.

—¿Cuál es su trabajo? —preguntó la madre de Nettle.

Pero esa pregunta ya la esperaba Buck y no se desconcertó.

—Soy comisionista. Vendo maquinaria, y eso deja mucho tanto por ciento de beneficio —dijo sonriendo—. Hago también seguros de todas clases y publicidad para algunas revistas y periódicos. ¡Me

nuevo, no crea! Pero veo buenos resultados.

—Sí. Sí, hijo —dijo la señora Garrison.

Y Buck estuvo a punto de desmayarse al oírse llamar hijo.

Se frotó las manos con satisfacción, Albert era una verdadera alhaja. Había dado en el clavo. Ya tenía a la madre y a la hija en el bolsillo. Y entre ambas, convencerían al viejo. ¡Lo que no consiguen las mujeres...!

Aquel día se quedó a comer y por la tarde salió con Nettle a dar un paseo. Fueron en taxi dando un gran rodeo a la ciudad. Cuando regresaron, ya Garrison estaba más blando.

A partir de aquel día, Buck fue ganando terreno en el ánimo de todos los Garrison. El mismo padre de Nettle vio en los modales del pretendiente de su hija, no zafiedad, sino naturalidad, llaneza. La palabra «viejo» aplicada a él cobró cierto carácter cariñoso según su nueva manera de ver las cosas. Y pensó que el muchacho estaba verdaderamente enamorado de su Nettle.

Buck iba casi todos los días a visitar a su novia. Siempre llevaba algo a la madre de Nettle. Un regalito que la buena mujer, agradecía casi con lágrimas en los ojos; un recuerdo, cualquier cosa. Tampoco se olvidaba Buck de «cuidar a su suegro», como decía en sus conversaciones con Albert. Siempre le llevaba alguna botella de marca y bizcochos para que los tomara con el vino.

A Nettle le regaló una sortija con un gran diamante, un reloj de oro, una docena de pares de medias de nylon y varios cortes de vestidos. Ni que decir tiene que cuando Buck llegaba ya tenía preparado su sillón favorito y que, inmediatamente, le era servida la merienda, hecha por la señora Garrison, que era una especialista en postres de cocina.

Buck se sentía a gusto en aquella casa. Le rodeaban de unas atenciones que jamás había conocido. El hogar de los Garrison era confortable, Nettle encantadora, su madre una «buena vieja».

Pero Garrison era el único punto negro que veía Buck. Se mostraba menos huraño que antes, pero a Buck le era profundamente antipático.

Muchas veces pensó que de buena gana lo habría «retorcido el cuello». Pero los consejos de Albert servían de mucho desde que Buck había conseguido progresos. Y su compañero le decía que contemporizara con «el viejo».

De todas formas, Buck esperaba que se muriera pronto, puesto que lo que tenía era tuberculosis. Lo malo era que él estaba llevando buenos alimentos y vinos tónicos que prolongarían la vida de «su suegro».

Pero había que tener paciencia, además, el golpe, el «gran golpe», estaba muy próximo, según dijera Albert, que era el que llevaba toda la preparación del asunto. Y entonces se casaría con Nettle y se sacudiría el polvo de Los Ángeles, perdiendo, al mismo tiempo, de vista a los suegros.

No habían sido molestados por nadie a raíz del último atraco al cobrador de «Memphis». Eso probaba que ellos dos eran invencibles y que no había policía en el mundo que los echara el guante.

Albert, su compañero Albert, era muy listo. Y él era muy valiente y duro al mismo tiempo que decidido, ambos carecían de nervios cuando «trabajaban». Lo hacían con frialdad, como si se tratara de una cosa sin importancia, por eso podían cubrirse bien la retirada, sin dejar huellas dactilares en ninguna parte, y por ello disparaban y mataban al desgraciado que se atrevía a mirarlos. No dejaban ningún cabo suelto.

Buck era feliz con estos sueños de grandeza, victoria y asesinato. Siempre soñó despierto. Y siempre venció a sus enemigos, o se casó con la mujer más guapa y rica.

Pero no eran más que sueños. La realidad era que cada día que pasaba se sentía más nervioso. No ya al pasar cerca de un policía uniformado. No. Era otra cosa, algo así como si un par de ojos estuvieran constantemente observándole, le siguieran por todas partes, cuando tomaba el autobús, cuando penetraba en casa de Nettle, cuando se metía en el bar con Albert a jugar una partida de póker, hasta cuando iba a su casa y transponía el portal. Siempre aquel par de ojos clavados en su nuca.

Algunas veces se volvió rápidamente, tratando de sorprender a quien así le vigilaba. Pero nunca descubrió nada verdaderamente sospechoso.

Unas veces era un vendedor ambulante de cualquier cosa. Otras una pareja de novios que caminaban muy amartelados. Una mujer con una bolsa en sus manos, el limpiabotas del bar.

Creía ver que le miraban y desviaban los ojos cuando se volvía. Pero ¿cómo comprobar la verdad de sus sospechas?

¿Sería que comenzaba a tener miedo?

A esta pregunta se respondió a sí mismo de una manera negativa, categórica, sin género de dudas. Él no tenía miedo a nadie. Que alguno de aquellos tipos que le miraban por la espalda se atreviera a hacer o decir algo y vería cómo reaccionaba él.

En su funda sobaquera llevaba siempre una «*Parabellum*» que era capaz de tumbar a un hombre a muchos pasos de distancia. Era casi tan temible, en sus manos, como una ametralladora. Él sabía manejarla sin fallos, con magnífica puntería. Ya lo había comprobado prácticamente en multitud de ocasiones en las que hubo que apelar a la fuerza para escapar. Y una larga fila de cadáveres se extendía a su espalda.

Sólo se veía libre de la molesta sensación de vigilancia que sentía cuando estaba arrellanado en el butacón en casa de Nettle. Entonces se sentía feliz del todo.

La «vieja», instándole a que tomara más pastelillos, de los que había hecho aquella mañana, ayudada por su hija.

Él accedía con la sonrisa en los labios al enterarse de que Nettle había colaborado con su madre en la tarea y comía un nuevo pastelillo, bajo la cariñosa mirada de la madre de su novia.

A él le hubiera gustado que le pusieran delante una buena botella de *whisky*, pero Albert le había dicho que no demostrara su afición por las bebidas. Y había que hacer caso a Albert, que sabía lo que se traía entre manos.

La casa de los Garrison, en el bulevar Foothill era como un remanso de paz y tranquilidad para sus nervios, atormentados por los ojos invisibles que le perseguían.

Tal vez Albert hubiera desvanecido sus temores si se hubiera atrevido a decírselo. Pero Buck temía que su compañero le considerara en «baja forma». Seguramente le habría dicho que no eran más que figuraciones suyas, que le convenía descansar y cambiar de aires, y él se habría sentido más tranquilo.

Sin embargo, no eran figuraciones. Los ojos que perseguían a Buck no eran producto de sus nervios sobreexcitados, sino reales en absoluto.

Fue un dedo el que señaló a Buck. Y a partir de entonces los ojos siguieron al pistolero por todas partes.

La policía tiene muchos recursos que Buck, en su ignorancia,

desconocía. Y uno de esos recursos era su facultad de enterarse cuándo un individuo, que ha estado pasando hambre en medio del arroyo, que ha vivido de mala manera, que no ha tenido domicilio fijo, que ha vagado entre gente del hampa, cambia súbitamente de aspecto.

De pronto empieza a vestir bien, a fumar tabaco caro, a gastar dinero en establecimientos de bebidas, a comer en restaurantes sin fijarse en precios. Es entonces cuando unos ojos invisibles lo ven, se dan cuenta del cambio y una boca dice algo en el oído de un policía.

El informe está dado. Ya sólo queda hacer la investigación pertinente, algunas veces resulta que el cambio operado en un vagabundo o un hampón se debe a que ha decidido trabajar; pero este caso no se prodiga. La mayoría de las veces ha ocurrido lo que la policía esperaba. El maleante ha hecho un golpe y, con su producto, está dándose buena vida. No lo sabe ocultar, a alguien que le pregunta acerca de su cambio de vida, responde que ha heredado o que trabaja en un buen empleo.

La labor del confidente ha terminado, ahora es la policía la que interviene, husmea y, fatalmente, acaba por descubrir la verdad. Un nuevo presidiario en la penitenciaría, un delincuente fichado para que en lo sucesivo no pueda dar un paso sin que las autoridades se enteren.

Buck tenía una ligera idea sobre estas cosas. Siempre vio a los delincuentes habituales huir del que consideraban «soplón».

En cierta ocasión vio el cadáver de un hombre tendido en medio de la calle. Él y Albert eran entonces unos aprendices que lo curioseaban todo. Se acababan de levantar de mal dormir entre unas tablas apiladas en el muelle. Estaba empezando a amanecer y el cadáver apareció de entre las sombras, estando a punto de pisarle.

Junto al muerto había un desconocido inclinado, auscultando el pecho del caído. Cuando el hombre se dio cuenta de la presencia de los dos muchachos, se incorporó rápidamente. En su mano brilló algo que Buck identificó como un gran cuchillo, y estaba manchado de sangre.

El asesino miró a los pilletes con cara de pocos amigos. Tenía barba crecida y un fulgor en los ojos que no presagiaba nada bueno.

—¡Largo de aquí, mocosos! —ordenó—. Y no despeguéis los labios si no queréis que os pase lo que a este «soplón».

Los dos amigos emprendieron una desenfrenada carrera que sólo detuvieron cuando les faltó el aliento.

Estaban impresionados por lo que acababan de ver. Ni que decir tiene que no pensaban despegar los labios para decir a nadie que habían visto al asesino comprobando sobre su víctima los efectos del gran cuchillo.

Pero entre ellos sí comentaron el suceso.

—¿Qué habrá querido decir al llamar soplón al muerto? —preguntó Buck a su compañero.

—Pues que era un chivato —respondió Albert, no menos asustado que Buck—. Seguro que «se fue de la lengua».

—Y eso, ¿qué es? —volvió a preguntar el chico.

—Pues que acusaría al otro de algo que había hecho y a éste no le convendría que nadie se enterase de ello. Por eso lo mató.

Desde entonces, Buck había tenido mucha aprensión hacia los confidentes. Pero ¿quiénes eran los soplones?

Poco a poco pudo enterarse de que el confidente es cualquiera. Un barman, un vendedor ambulante, un cartero, un oficinista, los mendigos.

Ello le acobardó en los principios de su carrera. Pero al fin consiguió olvidar sus temores, aunque algunas veces volvieron a la carga y le llevaron a un estado de nervios que resultaba peligroso para los tranquilos viandantes.

Y aquellos días estaba Buck en un acceso de nervios. Siempre con unos misteriosos ojos clavados en su nuca.

Por ello menudearon, más de lo que hubiera sido pertinente, sus visitas a la casa del bulevar Foothill, allí, al menos estaba tranquilo y rodeado de atenciones.

Aún con la poca perspicacia que él tenía, se había percatado de que Nettle comenzaba a quererle. Eran mil detalles menudos los que abonaban su suposición. La joven se emocionaba cuando él llegaba. Le atendía y mimaba, arreglándole los almohadones en su butacón predilecto. Se sentaba a su lado y escuchaba de labios del joven sus relatos de negocios fabulosos, sus planes para cuando estuvieran casados, sus palabras de amor.

Luego, ya tarde, cuando Buck se despedía para volver a la pensión

en que vivía con Albert, Nettle parecía lamentar su marcha. Decía que era pronto aún, que se estuviera otro ratito.

Él, complaciente, se quedaba unos minutos más. Por su gusto se habría quedado siempre. Pero a Nettle no se le podía decir eso.

Cuando partía, la joven salía a la puerta del jardín. Pero no acababa de encontrar el momento oportuno para despedirse de su prometido. Y lo acompañaba hasta la parada del autobús. Y aún se quedaba quieta en la acera hasta que el vehículo desaparecía en la distancia.

Todo esto se hizo cotidiano. Y Buck estaba encantado de que así se produjeran las cosas. Era francamente feliz. Luego, al separarse de ella, cuando el autobús se apartaba del bulevar Foothill, volvían sus temores, la desagradable sensación de estar continuamente vigilado, de que los ojos invisibles le seguían y no se separaban en ningún momento.

Por ello deseaba que llegara la hora de volver a casa de los Garrison.

Contaba las horas y los minutos con verdadero frenesí. Como contaba los días que faltaban para que el golpe esperado, el golpe que había de hacerle rico, el golpe que tan cuidadosamente estaba preparando Albert, con su meticulosidad acostumbrada y que servía para sacar de quicio a Buck, llegara.

Estaba impaciente. No hacía más que apurar a su compañero para que anunciara el momento oportuno. El momento de obrar.

—Falta poco, Buck —era la machacona respuesta—. Lo estoy preparando a la perfección. Para que después podamos reírnos de la «bofia». ¿No es eso lo que te gusta? Pues hay que tener paciencia.

—Cada día que pasa me desespero más, Albert —decía él, paseando de un lado a otro de la estancia—. Deseo con todo mi corazón casarme con Nettle y partir de aquí. ¡Emprender la nueva vida! ¡Tener coches! ¡Ah, el hogar! Pero tú parece que no tienes nervios, ni prisa por enriquecerte.

—Más de lo que tú piensas, Buck. Deseo partir de Los Ángeles cuanto antes, a un sitio donde no me conozca nadie, donde pueda salir y entrar sin sufrir la vigilancia de no sé quién...

Buck comprendió que a Albert le sucedía lo mismo que a él.

—¿Crees que alguien nos vigila? —preguntó—. Yo también he notado algo, pero no he podido comprobar nada concretamente.

—Lo mismo me sucede a mí, Buck —dijo Albert, mirando a su compañero—. Y en realidad estoy convencido de que nadie nos vigila. Son los nervios, ¿sabes? Aunque somos valientes y sabemos que no se nos puede acusar de nada, los nervios se nos alborotan y nos hacen creer que unos ojos nos miran constantemente. Es algo así como el que adquiere una enfermedad; el sarampión, por ejemplo; mientras no pasa el tiempo y se cura, lo tenemos encima. ¡Ya pasará, Buck!

—No sabes lo que me tranquilizas —suspiró Buck, como quién se quita un peso—. Yo también siento eso que tú dices. Y comenzaba a ponerme nervioso.

—No te dejes llevar por ellos. Sería fatal. Podrías llegar a la locura. Cuando creas que te están vigilando, procura pensar en otra cosa, meterte en el cine o en cualquier sitio a bailar. No bebas, porque aumentaría tu malestar y sería capaz de llevarte a agredir a alguien. Tal vez a un agente.

—Procuraré hacerte caso. Tú lo sabes todo —terminó Buck—. Pero, de todas maneras, aviva los preparativos para el golpe ese. Cuanto antes acabemos, mejor. Tengo pensado partir inmediatamente a Texas y comprar la casa, allí se me reunirá Nettle.

—Creo que no harás eso, Buck —dijo Albert, después de unos minutos de silencio, dedicados a pensar sobre lo que acababa de decir su amigo—. Sería tanto como entregarte a la policía.

—No veo por qué.

—Pues yo sí, querido —siguió Albert—. Partir recién dado el golpe, sería tanto como gritar: ¡Nosotros hemos sido! ¡En esta maleta llevamos lo robado!

—¿Te da envidia mi felicidad?

—No empecemos, Buck. No hago más que darte un consejo porque eres amigo mío y porque, si te cogieran, dirías a la policía dónde pueden encontrarme.

—Yo no haría eso nunca. Bien lo sabes.

—¡Vaya si lo harías! ¿Olvidas los recursos de la policía? Y aún hay cosas peores. Mira, Buck: una hora después de haber dado el golpe, habría montones de agentes en todas las estaciones, en todas las carreteras, patrullas de vigilancia por los alrededores de Los Ángeles y en otras muchas ciudades. Sospecharían de nuestras maletas pesadas, de nuestras actitudes. Nos detendrían. Será mejor esperar

un par de semanas hasta que se hayan calmado los ánimos.

Buck acabó, como siempre, por comprender los razonamientos de su compañero. Tal vez tuviera razón en todo lo que decía.

También habían pensado en deshacer su sociedad a partir del momento en que dieran el golpe que tan cuidadosamente estaban planeando. Los dos lo deseaban ardientemente, Albert, por cálculo. Porque comprendía que el carácter de su compañero, cada día más excitable y brusco, acabaría por acarrearle un serio disgusto en el caso de continuar juntos.

Buck era el único que, de haber tenido un poco de inteligencia, habría deseado continuar junto a Albert. Los consejos del muchacho eran su guía, y gracias a ellos conseguía muchas cosas que, de no haber estado Albert, Buck no habría sabido resolver por sí solo. Y sin embargo, también estaba de acuerdo en la separación.

Sentía celos de Albert. Miedo de que le traicionara. Envidia de saberse inferior a él.

Salió de la pensión y tomó un taxi, dando la dirección de su novia, allí estaría tranquilo, ajeno a toda preocupación, y contemplaría el rostro de Nettle, y su madre le mimaría como a un hijo.

El taxi frenó ante el hotel de los Garrison en el momento en que un hombre se separaba de la verja. Nettle estaba al otro lado y se despedía de él. Era un hombre alto y ancho, con un mechón de pelo que le caía sobre la frente.

Buck pensó que lo había visto en otra ocasión. Pagó al taxista y se aproximó a la joven. Ya el otro individuo se alejaba, sin haberse dado cuenta, al parecer, de la llegada de Buck.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Buck a la joven—. Creo que le he visto antes de ahora.

—Es un vecino, Buck —respondió Nettle—. Es la primera vez que me ha saludado, a pesar de que hace meses que pasa todos los días por delante de esta puerta. Pero, pasa, querido. Mamá ha hecho algo que te gusta.

Buck penetró en el hotelito y tomó asiento en «su sillón». Rodeado por los Garrison olvidó pronto al hombre que había visto hablando con Nettle. No se volvió a acordar de ello.

Sin embargo, aquel hombre era el agente especial del F.B.I. Culbert Griffith y había recibido varias confidencias con respecto a Buck Holliday y a Albert Brook. Había ordenado que ambos fueran

sometidos a vigilancia, aunque no muy estrecha, para tratar de poner en claro la procedencia del dinero que gastaban. El mismo quiso hacer algo personalmente al enterarse de que Buck era el hombre que frecuentaba la casa de los Garrison, de éstos y de su hija tenía inmejorables referencias. Pero comprendía que la muchacha podía estar engañada por su pretendiente.

El primer paso fue trabar conversación con la guapa joven. Tenía facilidad para ello, puesto que pasaba casi todos los días por delante de su domicilio. La saludó e hizo algunas preguntas que, a primera vista, parecieron insustanciales. Pero Culbert Griffith tenía su plan y sabía lo que tenía que hacer.

No lo esperaba todo de la primera conversación con la joven, puesto que ésta duró escasamente tres minutos. Pero aun así, fue lo suficiente para enterarse de quién era el hombre que visitaba a Nettle.

Ella se lo dijo. Iban a casarse. Era comisionista y tenía mucha suerte o habilidad en los negocios.

Para ser la primera vez que Griffith habló con la joven, era bastante.

Algunos días más tarde, el agente se enteró de que la muchacha había conocido a Buck cuando éste fue, convaleciente, a habitar en el hotel de al lado.

¿Convaleciente de qué? Esta pregunta se la hizo Culbert, pero no supo contestársela satisfactoriamente.

De todas maneras, no perdería de vista a Buck. No estaba fichado. No tenía nada de qué acusarle. Pero convenía vigilarle. No estaban muy limpios sus antecedentes acerca de aquellos negocios.



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA

NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO

EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

VI



A noche estaba tormentosa. Sobre el cielo de la ciudad de Los Ángeles se deslizaban grandes nubes negras, algunos relámpagos brillaron en el horizonte y el trueno retumbó en la lejanía.

Las cuatro de la mañana es hora de dormir. Es ya muy raro el peatón que circula por las calles desiertas. Los agentes de servicio nocturno se amodorraron a consecuencia del aburrimiento, acostumbrados a que nunca pase nada. Las cuatro de la mañana es, pues, hora de ladrones.

Dos sombras se deslizaron junto a las fachadas de las casas, andares sigilosos, ni un murmullo, ni una voz.

El que caminaba delante se detuvo. Su brazo se elevó con gesto perentorio y obligó al que le seguía a que permaneciera quieto.

Los dos se inmovilizaron, pegados a la pared.

—Por allí va un vigilante —dijo Albert—. Esperemos un poco más antes de dar la vuelta a la esquina.

Buck adivinó, más que oyó, las palabras de su compañero.

Ambos permanecieron como estatuas. Nadie habría podido descubrirlos junto al quicio de una puerta, lejos de toda iluminación.

Poco después reemprendían la marcha. La esquina estaba muy cerca y se metieron por la estrecha calleja adyacente a la gran avenida.

El paraje estaba totalmente en la oscuridad. Los dos amigos se movieron desembarazadamente hasta llegar al centro de la calzada, allí había una alcantarilla, con su tapa de hierro. Entre los dos, fue cuestión de pocos segundos levantarla, y, primero Buck, seguido inmediatamente por Albert, se introdujeron por la abertura, cerrando la tapa sobre sus cabezas.

Era una especie de pozo cilíndrico de unos diez metros de profundidad. El descenso hasta el fondo fue fácil gracias a los hierros incrustados en la pared de ladrillos.

Una galería se ofreció a la vista de los dos pistoleros. Sus lámparas de bolsillo alumbraron el estrecho túnel, en cuyo centro, por el suelo, corría un arroyo de agua sucia.

Avanzaron despacio, pegados a la pared, las manos ocupadas en empuñar las linternas y las pistolas.

Había empezado el «gran golpe».

Hasta entonces poca importancia habría tenido que alguien les hubiera encontrado por las calles de la ciudad, ahora sería distinto. Si algún vigilante del suelo les sorprendía... Bueno. Ellos sabían lo que tenían que hacer. Para ello llevaban unas pistolas bien engrasadas y repletos sus cargadores con balas blindadas.

Continuaron andando, con el oído alerta, prestos a eliminar todos los obstáculos que se les pusieran por delante. Todo antes que «el gran golpe» fracasara.

Ante los ojos de los dos «gangsters» apareció una plazoleta; de ella partían seis galerías en diferentes direcciones.

Pero Albert continuó su camino, seguido de Buck. Conocía perfectamente la topografía de la alcantarilla.

Buck felicitó a su compañero. Estaba maravillado por la seguridad que demostraba Albert.

—Para algo he estudiado el golpe, Buck —respondió en un susurro

Albert.

Continuaron la marcha, alumbrados por las linternas. Nada les impedía el paso. La galería que ahora recorrían era más estrecha que la primera.

Albert se detuvo súbitamente. Buck empuñó con firmeza su pistola.

—¿Qué? —preguntó.

—Ya estamos —fue la respuesta—, ayúdame.

Buck vio en la pared unas líneas trazadas con tiza, Albert comenzó a arrancar ladrillos en el interior de la parte que abarcaba las líneas de yeso.

Estaban sueltos de antemano y fue fácil la tarea.

Cuando hubieron concluido, ambos compañeros de fechorías estaban sudando; pero ante ellos se abría un boquete capaz de permitir el paso de un hombre.

Pronto estuvieron al otro lado de la pared de ladrillos. Estaba tan oscuro como la alcantarilla, pero el olor no era tan nauseabundo.

Las luces de las linternas se pasearon por las paredes, alumbraron un montón de sacos polvorientos, varios muebles deteriorados, algunos cajones apilados.

Después, el arranque de una escalera de madera, con barandilla del mismo material. La linterna de Albert alumbró una puerta cerrada al final de la escalera. Todo estaba sucio, empolvado; aquel sótano no era apenas usado.

Comenzaron la ascensión. Los peldaños, atacados por el abandono y la humedad, rechinaban al recibir el peso de los dos jóvenes.

De pronto, se inmovilizó Buck, que era el que avanzaba en primer lugar. Hasta sus oídos había llegado ruido procedente del otro lado de la puerta.

Se dio cuenta de que alguien trataba de abrirla sin conseguirlo al primer intento.

Las linternas se apagaron y fueron introducidas en los bolsillos de las chaquetas. Las pistolas se apercibieron, listas para disparar.

Al fin se abrió la puerta. Un rayo de luz apareció en ella, procedente de una linterna. Una mano avanzó llevando la linterna. Inmediatamente después una cara, apenas visible; unos hombros.

Los dos compañeros, pegados a la pared, no habían sido descubiertos aún gracias a que la puerta se abría hacia ellos. Pero si el guarda había percibido algo anormal en el sótano y no se daba

por satisfecho con una ligera inspección, no había duda de que el rayo de luz no tardaría en caer sobre ellos.

Pero esto no sucedió.

El vigilante de la joyería «Willow», en Normandie Avenue, dio varios pasos bajando las escaleras.

Y de pronto, algo muy duro chocó contra su mentón. Su cabeza fue lanzada hacia atrás, en doloroso escorzo de cuello. Un gemido se escapó de la boca del vigilante, el cual no tuvo tiempo ni de empuñar el revólver que llevaba en la cintura.

Antes de que el hombre llegara al suelo, fuera de combate, Buck aplicó un fuerte culatazo sobre su nuca. Inmediatamente después el joven extrajo un afilado cuchillo indio y lo levantó en el aire.

Albert impidió a tiempo el asesinato a sangre fría.

—No lo hagas, Buck —pidió—. Es innecesario. Si tuviéramos mala suerte y nos cogieran, no podrían acusarnos más que de robo, pero nunca de asesinato.

—Bueno. Siempre con tus sensiblerías —respondió Buck, defraudado—. Te hago caso porque todo va bien. Me alegraré de que no tengamos que arrepentirnos.

—Ahora podemos estar tranquilos —siguió Albert—. No hay nadie más en la casa. Podemos trabajar a gusto.

Cruzaron la puerta. La pieza que encontraron era un almacén, no muy amplio. Cajones apilados, papel de embalaje, una escalera de mano.

Una nueva puerta les condujo a una estancia completamente distinta a las que hasta entonces habían atravesado.

Era un salón de grandes proporciones, lujosamente amueblado, el suelo brillante, mostradores llenos de estuches con alhajas, anaquelerías y vitrinas con piedras, refulgentes al ser heridas por los rayos de las linternas.

—¡Vaya! —exclamó Buck—. ¡Esto es Jauja, Albert! ¡Es mucho más de lo que yo esperaba!

—No te hagas tantas ilusiones —respondió Albert con una leve sonrisa—. Todo eso lo vamos a dejar donde está. No es que no valga; pero, después de todo, es bisutería. En la caja fuerte hay mejores cosas, no abultan tanto y valen más.

En un extremo del salón se veía una reja de barrotes de acero y al otro lado las puertas de una gran caja acorazada.

—¡Ése es nuestro objetivo, Buck! ¡Vamos a la faena!

Un manojo de ganzúas apareció en las manos de Albert; con ellas manipuló rápidamente, y poco después se abrió la puerta enrejada, Albert había estudiado con un profesional de las cerraduras y sabía enténderselas bien hasta con las más complicadas.

La caja fuerte era distinto; pero el joven esperaba abrirla pronto y sin muchos contratiempos.

Sacó un fonendoscopio antes de acercarse al arca acorazada.

—Tú me ayudarás ahora, Buck —dijo.

Y dio varios pasos al otro lado de la reja.

Y de pronto se produjo lo inesperado. Una algarabía de timbres sobresaltó a los dos compañeros. El repiqueteo parecía proceder de todas partes y de ninguna en particular, ambos giraron la cabeza en varias direcciones buscando con ansia y susto los timbres, pero inútilmente.

—¡El guardián! —exclamó Buck con rabia—. ¡Maldito sea! Voy a volver y lo voy a dejar seco. ¡Tus idiotas escrúpulos, Albert!

—Creo que no es eso, Buck; cálmate —dijo el otro—. No contaba yo con esto, en verdad...

Albert dio varios pasos en dirección a un tiesto con flores. Levantó el pie derecho y aplicó una fuerte patada. El tiesto rodó, derramando la tierra que había en su interior y esparciendo los trozos de barro pintado.

Unos cables aparecieron a la vista de los dos pistoleros, Albert se inclinó y mostró a Buck un diminuto aparato que estaba oculto entre las flores de la maceta.

—Una célula fotoeléctrica —comentó—. ¡Vámonos, Buck! Hay un timbre tocando en la comisaría de policía. ¡No tardarán en venir!

Albert estaba francamente asustado, algo no había ido bien, a pesar de todo el cuidado que había puesto en la preparación del golpe. Pero Buck era el que se agigantaba con el peligro. Todo el aparato de idas y venidas en la noche, de silencio, de expectación, de precauciones adoptadas, le enervaba. Sin embargo, la lucha abierta, teniendo al enemigo enfrente, con armas en la mano, significaba un sedante para sus nervios.

Vio a Albert correr hacia la puerta que comunicaba con el almacén, pero él no siguió a su amigo. Se dirigió hacia los mostradores y golpeó los cristales con la culata de su pistola. Sus manos se

engarfiaron al coger las piezas de bisutería, aquello parecía oro y piedras preciosas, a lo mejor valía más de lo que pensaba Albert. Sus bolsillos se llenaron pronto, y fue entonces cuando hasta sus oídos llegó el lúgubre ulular de una sirena policíaca.

Apresuró el paso en dirección a la trastienda. No vio a Albert, pero oyó el ruido que éste hacía al bajar las escaleras del sótano.

Oyó también la voz de su compañero que lo llamaba:

—¿Vienes, Buck? ¡Apresúrate!

—Ya voy —respondió, comenzando a bajar los escalones.

Encendió su linterna y alumbró para no caer. El círculo luminoso le mostró a Albert que salía por el boquete abierto anteriormente en la pared de ladrillos.

El compañero le hizo señas para que se diera prisa.

Buck llegó a la carrera y se detuvo para pasar despacio por la abertura. Las joyas producían un ruido muy agradable en sus bolsillos repletos. Sonrió complacido. En la joyería «Willow» no podía haber nada falso. Estaba seguro de que Albert se había equivocado. Podían haber llenado sus saquitos con todas aquellas alhajas que había en las vitrinas y no se habría producido la alarma. Tenía ya una pierna al otro lado del boquete, en la alcantarilla, cuando un disparo restalló a sus espaldas.

Algo como un hierro candente se le metió en la rodilla que aún tenía en el sótano. Le pareció que una corriente eléctrica le recorría toda la pierna.

No la pudo levantar. Un dolor terrible se apoderó de ella. Sentía algo duro entre los huesos de la rodilla, algo intolerable, capaz de hacer desmayar a otro hombre menos duro que él.

Volvió la linterna y alumbró el interior del sótano.

Vio al causante de su desgracia, allí estaba, medio incorporado, con sangre en el pelo y la cara, el revólver en la mano diestra, mientras con la otra, apoyada en el suelo trataba de mantener el busto erguido, el guardián nocturno de la joyería «Willow».

Buck lanzó un rugido feroz y aprestó su pistola. El guardián se disponía a apretar el gatillo de nuevo, cuando recibió el impacto en el cuello. Se derrumbó, ahogando un gemido de dolor.

Un nuevo disparo de Buck, que despertó los ecos de la alcantarilla, y el pistolero, con un supremo esfuerzo, logró pasar al otro lado de la pared de ladrillos.

Pero cayó a su vez en el momento en que se apoyó en la pierna herida. El dolor que experimentaba era inaguantable.

De nuevo hizo esfuerzos sobrehumanos y consiguió ponerse en pie. Con la pierna derecha arrastrando, sin atreverse a apoyarla en el suelo, Buck avanzó por la alcantarilla.

No había dado media docena de pasos, cuando vio venir a Albert. Estaba muy asustado.

Había oído los tiros y volvía para estar junto a su compañero y defenderse juntos.

—Estoy herido, Albert —dijo Buck, casi sollozando—. No puedo andar. Vamos a salir de aquí para que me vea un médico. ¡Tengo la bala en la misma rodilla!

—Apóyate en mi hombro —dijo Albert, metiéndose en el arroyo de aguas negras que corría por el centro de la alcantarilla—. No tardaremos en estar en casa.

Buck hizo lo que le decía su amigo, y pudo avanzar unos pasos.

—No has debido entretenerte —reprochó Albert—. Ya podíamos estar lejos de aquí.

—He cogido algunas cosillas para no irnos vacíos —dijo Buck—. Yo creo que son de gran valor.

Y se tocó los bolsillos.

Albert miró a su amigo. En la oscuridad, la cara de Buck, contraída por el dolor, pareció adquirir una expresión siniestra, de avaro a quien quieren arrebatar sus tesoros.

—Es posible que consigas sacar por todo eso unos diez dólares —dijo Albert con lástima—. No merecía la pena recibir un balazo.

—Ya lo veremos... ¡Ay! No tan deprisa, Albert. Me estoy quedando sin sangre.

Albert habría querido ver la importancia de la herida que su amigo había recibido; pero tenía prisa por escapar de las alcantarillas. Temía que les persiguieran.

Pero Buck caminaba cada vez más despacio. Perdía sangre, y el dolor iba en aumento. El pantalón se le pegaba a la pierna, empapado de sangre.

—¡Espera, Buck! —dijo Albert, deteniéndose—. Iremos más deprisa de esta manera...

Se colocó ante Buck e hizo que éste rodeara su cuello con los brazos, agarró a su amigo por los muslos y de esta manera lo

transportó con cierta rapidez hasta el pie de la escalera de hierro que conducía a la superficie.

—Ahora puedes trepar tú —dijo Albert, jadeando—, ayúdame con los brazos. Yo te empujaré desde abajo.

Buck comenzó la ascensión con enorme trabajo. Tenía la pierna como muerta; el dolor no podía ser más fuerte. Unos latidos grandes y un crujir de huesos astillados, que se le clavaban en la herida, le hacían morderse los labios para no gritar de dolor.

Albert ayudó a su compañero. Lo sostenía, le hacía subir pulgada a pulgada por la empinada escalerilla de hierro.

Más de diez minutos les llevó la ascensión. Sus cabezas tocaron la tapa de hierro que les separaba de la calle.

—Espera, Buck. Yo la abriré. Conviene tener cuidado ahora...

—Sí. No puedo más. Ve a buscar un taxi. Que nos lleve a Foothill. Le pegaremos un tiro al chófer para que no nos delate...

—Espera, hombre. No hables tanto, y menos pegar tiros ahora.

Los hombros de Albert se apoyaron en la tapa de hierro. Hizo presión hacia arriba, y hasta ellos llegó la claridad de algunas luces de distantes faroles, alguna ventana iluminada y al fondo las estrellas entre jirones de negras nubes.

Albert se sentó en el borde del pozo y asió a su compañero por los brazos, comenzando a tirar para sacarlo de la alcantarilla.

Inesperadamente huyeron las tinieblas. Una luz cegadora iluminó a Albert, deslumbrándolo, cegándolo, al mismo tiempo que varias voces enérgicas gritaban:

—¡Alto! ¡Levanta las manos! No intentes nada, porque estás enfocado por varias ametralladoras.

Estaban descubiertos, Albert se revolvió nerviosamente.

No sabía qué hacer. Si Buck hubiera estado sano, si no tuviera la maldita bala alojada en la rodilla, habrían replicado con las *«Parabellum»*, se habrían abierto paso entre los policías a fuerza de disparos y coraje.

—Huye tú, Albert —oyó que le decía su compañero desde el interior del pozo—. Ven a buscarme cuando puedas.

—¡De acuerdo, Buck! —respondió—. Sigue la alcantarilla en línea recta y llegarás a Long Beach. Hay buenos sitios para esconderse. Si antes no has ido a casa, iré yo a buscarte. ¡Buena suerte!

Albert dejó caer la tapa de hierro, y la boca de la alcantarilla quedó

cerrada. Inmediatamente emprendió una desesperada carrera hacia la parte opuesta a la que se encontraba el coche patrulla con el faro. Oyó varios disparos a su espalda. Pero no le alcanzó ninguna bala. Sin duda tiraba para asustar al ladrón más que para herirlo.

Albert siguió corriendo a toda la velocidad que le permitieron sus piernas. Torció por la primera bocacalle que encontró, a sus espaldas oyó el ruido del motor de un automóvil al ponerse en marcha.

Redobló sus esfuerzos para aumentar la velocidad de su carrera. Tenía que alejarse, de lo contrario, estaba perdido. El coche patrulla no tardaría en darle alcance, a Albert le parecía que no avanzaba, que siempre estaba casi en el mismo sitio, como ocurre durante las pesadillas en las que tratamos de huir de un peligro, y por más que hacemos esfuerzos sobrehumanos, siempre permanecemos quietos, mientras lo que nos persigue avanza inexorablemente.

El coche policíaco dobló la esquina, y su haz luminoso alumbró con cegadora luz la estrecha calleja.

Fue un círculo blanco, rodeado de sombras impenetrables. Y en el centro del círculo una figura de hombre que corría desesperadamente.

El coche avanzó rápidamente con un suave acelerar de su motor y llegó casi a tocar a Albert.

—¡Alto, idiota! —tronó la voz de un sargento—. ¡Párate y levanta las manos!

Pero Albert estaba ya lanzado, los nervios excitados, dispuesto a todo.

Se volvió rápidamente. En su mano se vio la pistola y los ocupantes del coche patrulla se agacharon en el interior con rapidez.

La bala dejó ciego al automóvil. El reflector se apagó hecho añicos, y Albert continuó su desenfrenada carrera, torciendo la esquina inmediata.

Los policías se dieron cuenta de que no perseguían a un ladrón vulgar, de los que se entregan cuando ven mal la cosa y escapan casi siempre con una pequeña condena. Éstos nunca van armados.

El que perseguían debía ser un pez gordo, un criminal, tal vez uno de los muchos atracadores que operaban en la ciudad.

El coche continuó la persecución, aún tenía los faros intactos, aunque éstos no podían volverse en todas direcciones como el

reflector.

Pronto estuvieron de nuevo muy cerca de Albert, que corría sin aliento.

De nuevo la voz del sargento dio el alto al bandido, sin que éste hiciera caso. Los agentes vieron que se volvía, con la pistola en la mano, dispuesto a matar, a librarse de la persecución.

Y fueron ellos los que hicieron fuego.

Albert recibió varios balazos en la espalda, pero continuó corriendo, aunque pensó que no por mucho tiempo.

Los disparos se repitieron. Era una ametralladora la que entraba en acción.

Albert se metió en el quicio de una puerta. Estaba dispuesto a vender cara su vida. ¡Si hubiera estado Buck con él!

Disparó varias veces contra el coche, procurando que sus disparos fueran hacia las ventanillas.

Los policías se apearon rápidamente y se diseminaron por todas partes.

Y Albert se vio cogido entre varios fuegos, de nuevo las balas de la ametralladora picotearon su cuerpo como avispa de fuego. Las rodillas se le doblaron. Sintió que las fuerzas lo abandonaban y una nube cubría sus ojos.

Como entre sueños, oyó a su alrededor. Hombres que se acercaban con miedo a que él siguiera luchando. No sabían que ya no tenía balas ni fuerzas para apretar el gatillo.

Varios hombres llegaron junto a él. Vio correaes, hebillas que brillaban sobre el fondo azul de los uniformes.

Entonces cerró los ojos y se sumó en el sueño que le invadía.

Los agentes lo transportaban al coche patrulla y partieron hacia el hospital más próximo.

Lo primero era atender al herido antes de que muriera, y luego ya se vería lo que había que hacer con él.

¡ATENCIÓN!, LECTORES ENTENDIDOS:

A costa de sacrificios económicos, se os ofrece
una original Colección titulada

NOVELISTAS DE HOY

Una serie de novelas *inéditas* escritas por
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET,
CELA, INSUA y otros de igual fama, al

precio ínfimo de CINCO PESETAS

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

VII



LBERT notó que salía de las negruras que le rodeaban. Hizo esfuerzos por abrir los ojos, y ante ellos vio una masa gris. Una masa amorfa, como niebla, sin que en ella hubiera nada parecido a una forma humana.

Sentía dolores en diferentes partes de su cuerpo atormentado, debilidad. Oyó palabras pronunciadas a media voz, o como si vinieran de muy lejos. Entre ellas pudo entender algunas: «Grave», «Muchos tiros», «Durará poco». Pero no era capaz de asociarlas con él; le parecía algo irreal, soñado. Cualquier cosa menos que él fuera el que estaba grave, tal vez muriendo.

Ordenó sus ideas, y de nuevo abrió los ojos. La niebla pareció aclararse un tanto. Ya no era tan gris; parecía haberse iluminado. Y se movía...

Era una enfermera la que iba de un lado a otro de una habitación

blanca, al fondo, junto a la puerta, vio un uniforme igual al que llevaban los que le habían puesto en el estado en que se encontraba. «Herido y preso», pensó, procurando esbozar una sonrisa, sin conseguirlo.

Y de nuevo cerró los ojos, dispuesto a dejarse llevar por los acontecimientos, sin fuerzas ni voluntad para pensar sobre lo que convenía hacer.

A poca distancia de la habitación que ocupaba Albert, en el hospital, había otra más amplia, con un foco grande sobre una mesa metálica, algunas mesitas auxiliares, llenas de instrumentos que refulgían heridos por la blanca luz del foco. Olor a cloroformo, a desinfectantes. Tres hombres, con batas blancas y rostros tapados por mascarillas de gasa, se afanaban sobre el inanimado cuerpo que descansaba sobre la mesa metálica.

El guardián nocturno de la joyería «Willow» estaba siendo sometido a una delicada operación para extraerle una bala alojada en el pecho. El hombre estaba muy grave. Tenía, además de la herida en el pecho, otra en la garganta, ambas mortales.

Pero los cirujanos se afanaban en su lucha por salvarle la vida.

Quince minutos después de haber ingresado en el hospital la bala alojada en el pecho reposó sobre una bandeja de metal cromado. Estaba sucia de sangre, pero rápidamente fue metida en una cajita y llevada a los laboratorios de la policía.

Y media hora más tarde el F.B.I. recibía una comunicación, en la que se le enteraba de que la bala extraída del cuerpo del guardián de la joyería «Willow» había sido disparada por la misma arma que la que se encontró dentro de la herida recibida por un agente especial asesinado en los almacenes de prendas para caballero «Brown, Field y Brown».

Culbert Griffith lo comprobó, y una hora después de ser perpetrado el robo en la joyería «Willow» un coche silencioso se paraba ante la puerta del hospital.

Griffith se apeó rápidamente y penetró en el edificio, seguido de otro agente. Había una pista, y era necesario seguirla hasta el fin.

La puerta de la habitación 725, ocupada por Albert Brook, se abrió. Griffith y un hombre joven, vestido con una bata blanca de mangas cortas, penetraron en ella, y el agente se dio a conocer al policía uniformado que estaba de guardia.

—Es necesario que este hombre hable, doctor —dijo el agente especial—. Nos aclararía muchas cosas.

—Dudo mucho que pueda sacarle algo, amigo —fue la contestación del médico—. Como máximo durará hasta la noche. Si se repone algo, es posible que pueda hablar.

—¿Podría ponérsele alguna inyección? Es muy importante.

—Hasta dentro de una hora, no. Si lo hiciéramos ahora, aceleraríamos su fin.

Griffith contempló la cara del moribundo. Creyó haberla visto antes, pero no pudo recordar dónde.

Guardó silencio, mientras trataba de hacer memoria, Albert parpadeó y abrió los ojos. Recorrió con la mirada la habitación. Miró al médico, que permanecía a los pies de la cama; a la enfermera, que movía algo en un vaso, y, por último, a Culbert Griffith.

—Vamos, ánimo, muchacho —dijo el agente, esperanzado—. ¿Puede decirme lo que ha pasado y cómo se llama?

Albert trató de sonreír, y movió la cabeza levemente de un lado a otro.

Culbert se mordió los labios ante la negativa.

—El guarda que usted hirió ha dicho que fueron dos los que trataron de robar en la joyería. ¿Quién es su compañero?

Albert repitió el mismo movimiento de cabeza.

No. Siempre no. Ya podía preguntar el polizante lo que quisiera, porque de sus labios no saldría nada. Buck...

Y de pronto pareció que la luz se hacía en su cerebro: ¡Buck! ¡Buck! Su compañero herido, sin poder moverse apenas, ¿estaría aún en la alcantarilla? ¿Cuánto tiempo llevaba en el hospital? ¿Qué día fue herido?

Las preguntas que a sí mismo se hacía comenzaron a bailar en el interior de su cabeza, mareándolo.

Trató de poner orden en ellas; no podía dejarse ganar de nuevo por la debilidad y el sueño. ¿Qué había sido de Buck?

Por lo que había dicho el hombre que le hacía preguntas y más preguntas, no había sido detenido, aún estaba en libertad. Tal vez en la alcantarilla, esperando a que él fuera a socorrerlo.

Tenía que hacer algo. Pero ¿qué?

Decirle al policía dónde estaba su amigo era tanto como condenarle

a la silla eléctrica, porque irían a buscarle y Buck no podía huir ni defenderse. Seguir mudo. ¿Habría podido escapar Buck? ¿No seguiría dentro de la alcantarilla, desangrándose, presa de dolores horribles?

El policía seguía haciéndole preguntas, que él ni siquiera escuchaba. Las oía como un rumor sin sentido, lejano, incomprensible. Su cerebro pensaba en la manera de ayudar a su compañero, en encontrar el medio de enviarle socorro sin que ello supusiera la detención.

—Sabemos que son ustedes dos —seguía Culbert Griffith, incansable—. Dos los que atracaron los almacenes, dos los que asaltaron al cobrador de «Memphis». Esta noche también han ido dos a la joyería, lo ha dicho el guarda. ¿Dónde está su compañero?

La cabeza de Albert se movió de un lado a otro ligeramente.

«No». No diría nada.

Culbert comenzaba a perder la paciencia. El herido tenía que dar gracias a eso, a que estaba herido, de otra manera, habría hablado. ¡Vaya si habría hablado!

Cuando ya Culbert, desalentado ante la tozudez del herido, pensaba en retirarse, Albert movió los labios. Parecía querer decir algo.

Griffith se inclinó sobre él.

—Voy a morir... pronto... No... delataré a mi... amigo...

Culbert escuchó las palabras del herido, pronunciadas entrecortadamente y con un hilo de voz. No se retiró al ver que los labios continuaban moviéndose.

—Quiero que... avisen a... Nettle... Garrison. Foothill Boulevard... antes de que muera...

Pareció sumirse en un profundo sueño, agotado por el esfuerzo hecho para hablar.

Culbert se retiró de la cama y salió de la habitación. Un compañero le esperaba fuera, en el pasillo.

—¿Conseguiste algo, Culbert? —preguntó al agente.

—Nada —fue la desalentada respuesta—. Me ha dado las señas de alguien... Pero... ¡si es muy cerca de mi casa!

Pareció pensar un momento, la mirada en el techo para exclamar después:

—¡Ya sé dónde es! Voy inmediatamente.

Dio instrucciones al médico para que no se separaran de la cabecera

del herido con objeto de recoger cualquier palabra que dijera, y se dirigió a la salida. Dio las señas de Foothill al conductor y partieron a gran velocidad.

Durante el recorrido Culbert sometió su cerebro a trabajos de deducción. Estaba pareciéndole que se había puesto sobre la buena pista.

El coche del F.B.I. tardó muy poco en llegar al Boulevard Foothill. Eran las primeras horas de la mañana y había muy poco tráfico en las calles.

Frenaron frente a la puerta del hotelito de los Garrison, y Culbert pensó que, cuando llamara, tendrían que levantarse de la cama para abrir. Pero se equivocó. Nettle estaba en el jardín regando las flores y la pequeña praderita verde.

La contempló durante un minuto, recreándose en la belleza de la joven, que, en realidad, estaba encantadora.

No tardó ella en darse cuenta de la presencia del «joven del autobús», y lo obsequió con una sonrisa.

—Señorita —dijo él, echándose el sombrero hacia atrás—. He venido para darle un recado un poco...

—¿Un recado? —preguntó ella extrañada.

—Sí. ¿Conoce a un tal Albert Brook?

—¡Claro! —Fue la respuesta, dicha sin vacilaciones—. Es un amigo. Vivió aquí al lado hace poco tiempo...

—¡Ya! Vivía con otro, ¿verdad? —preguntó Culbert, cuyas esperanzas de obtener información aumentaban—. Un muchacho también muy joven.

Nettle enrojeció levemente antes de contestar:

—Es mi novio... Buck Holliday... ¿Es que los conoce?

—Pues... un poco —respondió a su vez Culbert, mirando con fijeza el rostro de la joven.

—¿Y le han dado un recado para mí? —volvió a preguntar Nettle, acercándose a la puerta del jardín—. ¿Quiere pasar? Perdone que no le haya invitado antes.

—No es necesario, señorita —dijo Culbert—. Tengo mucha prisa. Únicamente quería decirle que sus amigos... han sufrido un accidente... ¡No se asuste! —añadió al ver que el rostro de Nettle palidecía intensamente—. Yo no he visto a su novio. Ha sido Albert el que me ha pedido que la avisara a usted... Está en el hospital...

—¿Va usted allí ahora? —le interrumpió Nettle.

—Sí. Puede acompañarme, si quiere. La llevaré en el coche.

—¡Espéreme, por favor!

Nettle corrió hacia la casa, quitándose el pañuelo que tenía arrollado a la cabeza. Dos minutos después salía.

—He avisado a mi madre —dijo—. Podemos ir cuando quiera.

Tomó asiento entre el «hombre del autobús» y otro que no se había movido del automóvil, y partieron hacia el hospital.

Cuando llegaron a la habitación que ocupaba Albert, Nettle no se fijó en el policía de uniforme que estaba allí. Sólo tuvo ojos para contemplar el semblante demacrado de Albert. Su nariz afilada, sus ojos hundidos y cerrados, su completa inmovilidad.

Parecía muerto, y así lo creyó la joven.

El médico se separó del herido y dijo a Culbert:

—Acabo de ponerle una inyección. No tardará en reanimarse un poco, de todas maneras...

—¿Muere pronto? —Oyó Nettle que preguntaba Culbert.

Y vio que el médico asentía con un movimiento de cabeza.

Pronunció la joven algunas palabras cerca del oído de Albert y obtuvo con ellas mejores resultados que los médicos con sus inyectables.

El herido abrió rápidamente los ojos y miró a Nettle a la cara. Hizo esfuerzos por sonreír, y esta vez lo consiguió.

Pero no pronunció palabra. Sólo movió los ojos para mirar al policía uniformado y al hombre que estaba junto al lecho. Después volvió a contemplar a Nettle y de nuevo sonrió.

—¿Qué ha sucedido, Albert? —preguntó la joven, asustada—. ¿Y Buck?

—Está perfectamente, Nettle —respondió el herido con visible esfuerzo—. Tal vez en México, o en el mar...

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué estás herido? —volvió a preguntar la joven.

Culbert Griffith dio varios pasos hacia atrás y se reunió con el médico.

—Está agotando sus últimas energías —dijo éste al agente—. No tardará en decaer de nuevo. Para siempre.

Albert aprovechó la ausencia del policía para, con un hilo de voz, decir a Nettle que estaba muy cerca de él:

—Buck está herido. Todo ha sido una equivocación... Pero hay que ayudarlo. Está en las alcantarillas, oculto. No diga nada a la policía... Ya se pondrá todo en claro. ¡Vaya a Long Beach, donde salen las alcantarillas! Él espera, pero no diga nada... ¡No diga nada!

Cerró los ojos, agotado, y el médico se aproximó, Albert estaba quieto, totalmente inmóvil. Parecía no respirar. El doctor no encontró el pulso. Pidió un fonendoscopio y auscultó durante pocos segundos el pecho del herido.

Luego se retiró e hizo que Nettle se apartara de la cama.

—Este hombre ha muerto, señorita...

Nettle sollozó, aterrada. Todo había sido rapidísimo y no había tenido tiempo de hacerse cargo de lo que sucedía. Primero, las palabras de Albert, que la aterraron e hicieron que su mente se confundiera sin saber qué pensar. Luego la muerte del muchacho. Tan súbita...

Se sintió empujada hacia fuera. Cuando levantó la cabeza después de andar varios pasos, vio a su lado al «hombre del autobús».

—Tranquilícese, señorita. ¿La dijo algo el herido antes de morir?

Ella no respondió. Necesitaba, como decía el joven, serenar su espíritu. Pensar con tranquilidad lo que convenía hacer. El hombre que la hacía preguntas era de la policía, de eso comenzaba a estar segura. Las palabras de Albert antes de morir se lo confirmaban. Tenía que tener cuidado para no comprometer a Buck, Albert también lo había dicho. Era una confusión que se pondría en claro muy pronto. Tal vez dependía de ella que todo fuera como pensó Albert.

—¿Dijo algo antes de morir? —volvía a preguntar «el hombre del autobús».

—No, apenas me di cuenta.

—Haga por recordar, señorita —insistió Culbert en tono persuasivo

—. Albert le dijo algo. Yo lo vi, pero estaba apartado y no pude oírlo.

—Nada de particular —dijo Nettle—. Se despidió de mí.

—¿Sabía quién era ese hombre y su compañero? —preguntó Culbert, mirando a Nettle a los ojos.

No necesitó que la joven pronunciara palabra alguna para convencerse de que ignoraba qué clase de individuos eran Albert y

Buck, de todas maneras estaba seguro de que Nettle estaba tratando de ocultar algo. Él se había retirado de la cama del moribundo precisamente para dejar a este que hablara. Confiaba en que la joven lo dijera todo después.

Pero Nettle se encerraba en absoluto mutismo.

—Mire, señorita —volvió a la carga el agente—. Estoy interesado en poner en claro ciertas cosas, ciertas anomalías con respecto a Albert y al otro...

Nettle bajó la vista y vio una placa en la palma de la mano de su interlocutor.

Eso, lejos de animarla a hablar, sirvió para que apretara los labios, más dispuesta que nunca a guardar el secreto que Albert le había pedido tuviera.

Tenía que ordenar sus pensamientos. Pensar con tranquilidad, despacio, sin que nadie la molestara. Después vería lo que convenía hacer.

—Estoy muy... muy nerviosa, señor —dijo vacilante—. Creo que si sigo aquí me pondré mala. Este olor a medicinas y el pobre Albert muerto... Voy a volver a casa...

—¿Me permite que la acompañe? —preguntó Culbert. Deseaba continuar junto a la joven para tratar de obtener la información que necesitaba.

—Prefiero caminar sola un poco, si me lo permite. Vaya a casa mañana y responderé a sus preguntas, además quiero saber lo que ha sucedido...

—Está bien —dijo Culbert Griffith, sonriendo—. Haré como usted dice. Mañana iré a verla a su casa.

Estrechó la mano que le tendió la joven y contempló a ésta bajando las amplias escaleras del hospital, hacia la calle.

Culbert decidió no molestar más a la joven. Sabía cómo obtener la información. ¡Y sería ella quién lo hiciera!

Sin embargo, Nettle no salió a la calle. Cuando llegó a la puerta, volvió el rostro y miró hacia lo alto de la escalera. Vio al agente que se retiraba por el pasillo. Ella, entonces, giró con rapidez y se dirigió a la enfermera que había visto en la habitación de Albert.

Estaba ordenando a dos camilleros que subieron a buscar el cadáver de la habitación 725 y lo trasladaran al depósito. Había que hacer autopsia.

Nettle se le aproximó, abordándola.

—Quisiera que me dijera —dijo—, de qué ha muerto el de la habitación setecientos veinticinco. Ese que van a llevar al depósito. Le enfermera la miró con curiosidad. El examen no debió desagradarle del todo, puesto que respondió:

—Mire: es cosa de la policía. Pero no creo que sea una indiscreción decir que ha muerto a consecuencia de varias balas recibidas en una lucha.

—¡Dios mío! Pero ¿por qué? ¿Por qué han disparado sobre ellos?

—No lo sé con detalle —siguió la enfermera, mirando con conmiseración a la bella joven—. Pero cuando la policía dispara, es por algo. ¿No le parece?

Nettle dio media vuelta, ahogando los sollozos que pugnaban por salir de su pecho. Estaba más anonadada cada minuto que transcurría y se enteraba de cosas.

Comenzó a caminar hacia la salida. Quería alejarse cuanto antes de allí.

Cuando transpuso la gran puerta del hospital, los ojos de Culbert Griffith la fueron siguiendo hasta que se perdió de vista.

El agente especial bajó inmediatamente y se acercó a la enfermera.

—¿Qué la preguntó esa joven? —dijo, mostrando su insignia.

—¡Ah! ¡Figúrese! Me preguntó que de qué había muerto el detenido.

—¿Qué respondió usted?

—No he querido dar muchas explicaciones. Me gusta colaborar con ustedes y algunas veces conviene ser discreta, de todas maneras la he dicho que murió a consecuencia de muchos balazos. ¿He hecho mal?

—No. Creo que no. Gracias.

Culbert se alejó hacia su compañero que bajaba las escaleras.

—Sigue a Nettle Garrison —ordenó—. No la pierdas de vista ni un momento. Cuando entre en su casa, aguardas a que salga. Si lo hace, avísame enseguida. Pero sobre todo no la pierdas de vista. Enviaré a más agentes para que vigilen toda la casa.

Nettle caminó, no sabía hacia dónde.

Estaba al borde del desmayo, como había dicho al agente. El aire de la mañana sirvió para despejarla un tanto, pero de todas maneras, su cerebro era un cúmulo de ideas confusas, desordenadas.

Había sido terrible lo que había pasado, Albert, muerto por la policía. Buck, herido y tratando de huir para no caer en manos de los agentes. Y ella en posesión del secreto que podía hacer a la policía que encontrara a Buck.

No lo había dicho a nadie. No lo diría.

«El hombre del autobús» era un policía federal, ahora se daba cuenta que tenía aspecto de agente.

Pero ¿y Buck y Albert? ¿Qué había sucedido para que fueran perseguidos como si se tratara de dos malhechores? ¿Qué hicieron para que la policía disparara sin consideración contra ellos?

No había duda de que se trataba de un error terrible, cuyas consecuencias había pagado ya Albert.

Y Buck metido en una alcantarilla, herido...

De esta manera siguió cavilando hasta que un automóvil estuvo a punto de golpearla con una aleta.

Ello sirvió para que mirara en torno y se diera cuenta de que, inconscientemente, había llegado a la parada del autobús que la conduciría a su casa.

Esperó a que llegara un vehículo, a su lado se colocó un hombre joven, pero Nettle no le prestó la menor atención.

Ambos subieron al autobús y Nettle no se volvió a acordar del hombre que había estado junto a ella en la parada.

Como una somnámbula, se apeó cerca de su casa, en Foothill. Ni siquiera se apercibió que el hombre que había subido con ella, se bajaba también.

El agente, compañero de Culbert, tomó posiciones frente al hotel de los Garrison, procurando no perder de vista la fachada principal de la casa y los dos laterales. Nadie saldría por allí sin que él lo viera.

Pero la parte posterior era distinto.

Sin embargo, él no era responsable de que alguien pudiera escapar sin ser visto.

Culbert Griffith había previsto esta contingencia. Un automóvil del F.B.I. llegó. Dos hombres bajaron de él y se acercaron al primer vigilante.

Éste les indicó rápidamente los sitios donde debían apostarse y quedó más tranquilo a partir de aquel momento.



¡GRAN ACONTECIMIENTO!

Ante el arrollador éxito del

EXTRAORDINARIO

NUM. 100 DEL F. B. I.

(a punto de agotarse su 2.ª edición)

EDITORIAL ROLLAN publica el

EXTRAORDINARIO NÚM. 125 DEL F. B. I.

Fidelidad, Bravura, Integridad

se titula la grandiosa novela de 210 páginas, escrita
magistralmente por el famoso **FRANK MCFAIR**.

VIII



ETTLE pasó por delante de su padre sin despegar los labios. Éste la miró desde su tumbona y se preguntó qué le habría ocurrido para no dirigirle sus acostumbradas frases cariñosas al mismo tiempo que le arreglaba las almohadas. También le intrigó el que ella saliera tan de mañana.

La joven tampoco saludó a su madre que estaba en la cocina. No fue a verla ni a ayudarla en sus quehaceres, sino que subió las escaleras que conducían al piso superior, y se encerró en su cuarto, acto seguido se dejó caer sobre la cama y dio rienda suelta a sus lágrimas.

Nettle no era una muchacha excesivamente impresionable o sentimental. Tenía muy poca edad, simplemente. Era el primer cadáver que veía y ello la impresionó sobre manera, además, Albert había muerto junto a ella. Había estado hablando a media voz, en

secreto. Un segundo después se había quedado rígido. Los ojos hundidos, cavernosos, el rostro pálido en extremo. Y un gesto de dolor, de ansiedad infinita por lo que a su compañero Buck pudiera sucederle.

Eso habría bastado para impresionar a una mujer de la edad de Nettle y de su educación y costumbres.

Pero aún había más. Buck estaba herido también. Posiblemente de gravedad, además era buscado por la policía. Lo acosarían hasta que dieran con él y, tal vez, lo matarían como habían hecho con Albert.

Y todo por un error. Por una deplorable equivocación, según le había dicho Albert antes de morir.

Y era ella la única persona que podía hacer algo por solucionar el error policíaco.

De pronto se dio cuenta de que ya no lloraba, de que sus ojos se habían secado. Fue el momento en que su pecho se albergó el odio hacia los policías. Los consideró a todos como seres desprovistos de toda apariencia humana. ¿Por qué habían matado a Albert? ¿Por qué acosaban al pobre Buck?

Todo parecía derrumbarse, aniquilando a Nettle.

De nuevo volvieron las lágrimas a sus ojos y rodaron por sus mejillas en silencio, mojando la almohada.

Ella tenía que hacer algo por ayudar a Buck. Él lo habría hecho si Nettle se hubiera visto en apuros.

Tenía que hacer algo. ¡Estaba en la obligación de hacer algo!

Pero ¿qué?

Se incorporó en el lecho sentándose en el borde. Puso los codos sobre sus rodillas y la barbilla apoyada en las manos.

Pensar, pensar, pensar. Tenía que encontrar la solución inmediatamente.

Una herida, por leve que fuera, se convertiría en gravísima si él estaba abandonado, sin socorro, sin que le curasen.

Y eso era a lo que estaba expuesto Buck. Su Buck.

Pero no conocía a nadie que pudiera interceder.

Greyó encontrar una buena idea: Ir en ayuda de Buck lo antes posible.

Su rostro pareció iluminarse con la idea. Se puso en pie esperanzada.

Fue a su tocador y comenzó a arreglarse rápidamente. Luego se acercó a la ventana y miró al exterior, abajo, en el jardín, estaba su padre con un periódico entre las manos. Pero no leía. Su madre estaba junto a él y hablaban dirigiendo, de cuando en cuando, miradas hacia la ventana del cuarto de ella.

No podían verla, sin embargo. El reflejo en los cristales y la oscuridad del interior de la habitación se lo impedían.

Nettle miró pasar un autobús lleno de personas hacia la ciudad. Cuando el vehículo desapareció, vio en la acera de enfrente a un hombre parado. Leía el periódico, a Nettle la extrañó que hubiera alguien en la calle, normalmente desierta a aquellas horas.

Pero no se paró a pensar en lo desusado del caso. Tenía otras cosas más graves e importantes que resolver.

De nuevo se retiró al interior del cuarto. Tenía que pensar lo que convenía hacer una vez resuelta a ir en busca de Buck.

Salió de su habitación y bajó rápidamente las escaleras. Buscó en un armarito el botiquín doméstico. Recogió todo lo que consideró necesario metiéndolo en una bolsa de cuero.

Luego salió al jardín. Sus padres la miraron con una muda interrogación en los arrugados rostros.

—Buck ha sufrido un accidente —dijo casi sin pararse—. Albert también. Tengo que ayudarle. No os preocupéis si tardo.

Las últimas palabras las dijo cuando atravesaba la baja puerta del jardín y salía a la calle.

Corriendo fue hasta la parada del autobús, aunque no se veía ningún vehículo acercándose.

Se paró junto al poste indicador y oteó a lo largo del bulvar.

No tardó en llegar el «bus» y ella subió rápidamente.

Se la hizo interminable el recorrido. Cuando se apeó en el final del trayecto, no tuvo paciencia para esperar otro autobús que la condujera a Long Beach. Decidió tomar un taxi, aunque ello gravara su presupuesto, además había una parada cerca y los coches se la ofrecían, tentadores, como el medio más rápido de llegar junto a Buck.

Tomó el vehículo de alquiler y, esta vez, ordenó al conductor que fuera lo más aprisa posible. El hombre pareció complacerla y el coche corrió por las calles a buena marcha.

Por fin desembocó el coche en Ocean Boulevard. Por allí no había

mucho tráfico y pudo correr a placer.

El chófer volvió la cabeza para preguntar:

—¿Adónde vamos, señorita? Ya estamos en Long Beach.

Nettle no sabía responder. La costó trabajo decidirse antes de preguntar:

—¿Sabe usted dónde están las alcantarillas?

De nuevo la miró el conductor. Le pareció un anacronismo que una mujer tan bella fuera a las alcantarillas. Pero, en fin, ¡se ven tantas cosas raras!

Sí sabía dónde estaban las alcantarillas. El coche siguió a buena marcha por Ocean Boulevard, pasó Seal Beach hasta llegar a Anaheim Bay, allí se detuvo y Nettle se apeó.

—¿Espero? —preguntó éste con una sonrisa.

Nettle dudó. Tal vez necesitaría el coche para regresar con Buck. Pero decidió despedirlo. Ya encontraría la manera de volver.

Vio cómo el coche giraba y se perdía hacia la ciudad. Ella comenzó a andar y llegó a una barandilla de piedra que corría a lo largo de la calzada. Más abajo había una playa llena de bañistas alborotadores que corrían y se chapuzaban.

Pensó que la presencia de tantas personas representaba un contratiempo.

«¿Por qué se bañarían tan cerca de las alcantarillas?», pensó, considerando a los bañistas unos locos que se exponían a muchas enfermedades.

Pero bajó a la playa.

Buscó con la vista la salida de la alcantarilla y no la encontró de momento.

Tampoco se decidía a preguntar a nadie, pues comprendía que su deseo de encontrar las alcantarillas resultaría harto extraño.

Paseó despacio por la arena. Sus zapatos de alto tacón se llenaron de tierra fina y la molestó, pero decidió no pararse para quitárselas. Pronto llegó al final de la playa. Unas rocas se levantaban como una pared y se adentraban en el agua.

Comprendió que estaba muy cerca de su objetivo. Percibió el olor procedente de los detritus de la gran ciudad que iban a verter en el mar en aquel sitio.

Tuvo que escalar las rocas, puesto que por el agua no podía llegar al sitio deseado. Perdió los zapatos, destrozados. Se hirió en manos,

brazos y rodillas, pero al fin se encontró sobre las piedras.

Allí sufrió una nueva desilusión. Varios hombres, tocados con anchos sombreros de paja y provistos de largas cañas, estaban dedicados a pescar precisamente sobre la boca de la alcantarilla.

Se mordió los labios al mismo tiempo que pensaba que aquellos chiflados de la pesca serían muy capaces de comer lo que pescaran, si es que pescaban algo. Pececillos alimentados con lo que salía por el túnel de la alcantarilla.

Pero el caso era que no podía entrar en el túnel estando aquellos hombres allí. Les extrañaría y la harían preguntas. Tal vez se acercara algún agente intrigado por la actitud de la joven.

Salir habría sido otra cosa, puesto que habría esperado a que se hiciera de noche cerrada para hacerlo. Pero al menos habría encontrado a Buck y le habría curado.

Esperó durante algún tiempo con la secreta esperanza de que se fueran los pescadores. Pero tuvo que desistir cuando se dio cuenta de que, algunos, extraían paquetes de comida y los engullían sin abandonar sus cañas. Seguramente permanecerían allí hasta la noche.

Decidió regresar. Ella no podía esperar. Tenía algunas heridas que sangraban, algunos cardenales producidos al escalar las piedras.

Dos lágrimas se escaparon de sus ojos al pensar que Buck estaba a poca distancia de donde se encontraba ella, allí, bajo tierra, herido desangrándose, tal vez con fiebre devoradora a consecuencia de la infección de la herida.

Y ella no podía ir a socorrerlo. Estaban los pescadores sobre las rocas y barcas llenas de muchachos. No podía entrar sin ser vista. Si la veían era tanto como delatar a Buck.

Deshizo el camino andado, de nuevo tuvo que habérselas con las afiladas rocas hasta llegar a la playa. Descalza llegó hasta Ocean Boulevard y llamó a un taxi.

Tenía que esperar, de noche volvería y entonces sí encontraría a Buck. Ya no estarían allí los pescadores inoportunos, ni los remeros aficionados. Podría penetrar con toda tranquilidad, además conocía el camino mejor para llegar a la boca de la alcantarilla.

Culbert Griffith sonrió cuando recibió el aviso telefónico del agente que vigilaba a Nettle Garrison.

—La chica sale muy deprisa —le había dicho la voz en el auricular

—. Lleva una bolsa.

—¡No la pierdas de vista! —había dicho él—. ¡Por lo que más quieras en este mundo!

—Vamos a ir los tres que estamos aquí —dijo el otro.

—Emplead la radio para decirme lo que haya.

—¡De acuerdo, chico!

Griffith había estado pendiente del receptor en la oficina. El coche del F.B.I. había seguido al autobús hasta que vieron que la joven se bajaba. Luego siguieron al taxi que tomó, procurando conservar alguna distancia para que la joven nada recelara en caso de que volviera la vista atrás y viera el coche perseguidor.

Cuando el coche paró, los policías se apearon del suyo y continuaron a pie. El conductor transmitió lo que hasta entonces había y recibió órdenes del encargado del asunto.

—¡Vigíladla bien! Voy hacia allá.

Bajó las escaleras de la Seccional de cuatro en cuatro y tomó otro coche preparado de antemano.

El vehículo voló por las calles, pero sin toques de sirena. No tardó Griffith en apearse junto al otro automóvil. El conductor de guardia le señaló el lugar por donde habían desaparecido Nettle y los hombres que la vigilaban.

Culbert corrió hacia el sitio indicado y no tardó en dar con sus hombres. Éstos le hacían señas desde lo alto de unas rocas. El joven subió a ellas y recibió el informe de boca de uno de ellos.

—Ahí está, Culbert —dijo, señalando con el brazo extendido.

El agente especial vio a Nettle. Se acercó con cuidado para no ser visto por la joven.

Culbert paseó su mirada por los alrededores, hasta que descubrió la construcción de ladrillo que había a nivel de las aguas.

E inmediatamente se hizo cargo de la situación: la alcantarilla.

—¡Oídmme, muchachos! —dijo a sus compañeros del F.B.I.—.

Estamos muy cerca del final. Que se quede uno de guardia. Si ve que alguien sale de la alcantarilla, que lo detenga. Con precauciones, ¿eh? Es peligroso, está armado y herido. Que siga otro en pos de la joven. Hay que procurar apartarla de todo esto. Yo voy a organizar la captura del pistolero.

Se dirigió a su coche y partió de nuevo hacia las oficinas del F.B.I.

¿Cómo no se le habría ocurrido antes? No podía estar el fugitivo

más que allí. Los agentes que capturaron a Albert Brook habían dicho que no salió más que un individuo de la alcantarilla. El guarda de la joyería declaró que habían sido dos los que intentaron huir.

Era, pues, indudable que el que había escapado hasta entonces estaba aún en el interior, en el subsuelo de la ciudad.

Porque Culbert sabía que estaba herido el pistolero fugitivo. Había hecho sus averiguaciones. Había estudiado el lugar del suceso, había visto las manchas de sangre en la galería subterránea. Y Albert Brook no tenía en su cuerpo más que balas procedentes de las armas de la policía. Ninguna del calibre y características del revólver del guarda de la joyería.

El pistolero que faltaba por capturar no pudo escapar con su compañero. Era lógico suponer, por tanto, que esperaba recibir auxilios del que trató de huir, así debía ser. Era la teoría más consistente.

Ya en el despacho del jefe de la División de Los Ángeles, le expuso sus sospechas y planes.

Agentes uniformados y de paisano tenían que acudir y recorrer todas las alcantarillas de la ciudad. Debían ser acompañados por empleados municipales para que la búsqueda se hiciera racionalmente.

Un par de coches, llenos de agentes especiales, irían a Long Beach y esperarían a que llegara determinada hora. Una hora fijada para que los agentes que recorrían las galerías subterráneas fueran afluyendo a las proximidades de la salida de la alcantarilla general. El forajido debía estar allí. Culbert estaba casi seguro de ello, allí había ido Nettle enviada por Albert Brook, luego éste sabía que su compañero iría a Long Beach.

Por otra parte, el forajido fugitivo no se habría atrevido a salir por cualquier registro en pleno día, exponiéndose con ello a ser descubierto por agentes o personas a quienes llamara la atención su aspecto sucio y la sangre que debía manchar sus ropas.

—Va a resultar muy laborioso, muchacho —objetó el jefe de la División.

—Pero es lo seguro, jefe —dijo el joven agente—. Tenemos que coger a ese pistolero. Estoy convencido de que la pistola que tiene es la misma que se disparó contra nuestro compañero muerto en los

almacenes «Brown». La que se ocupó al bandido muerto no fue la que lo hizo.

—Está bien —dijo al fin el jefe de la División—. Tienes carta blanca para hacer lo que desees. ¡Tráeme a ese pistolero!

Griffith salió del despacho de su jefe y se dedicó a transmitir órdenes telefónicamente. La policía de uniforme y los agentes de paisano debían estar preparados para intervenir en el momento en que él lo avisara.

Los obreros del alcantarillado fueron también movilizados por el Municipio de la ciudad.

A las cinco de la tarde, las cloacas de Los Ángeles comenzaban a ser recorridas por hombres armados y vigilantes, provistos de linternas. Y cada movimiento de avance los acercaba a Long Beach. Inexorablemente se aproximaban al éxito, con la captura del fugitivo, o al fracaso si no lo encontraban.



¡PROEZASI ¡PROEZASI ¡PROEZASI

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.

**JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán
P R O E Z A S**

IX



UCK Holliday quedó inmóvil, agarrado a los hierros de las paredes del pozo. Escuchó los rápidos pasos de su compañero cuando éste emprendió la carrera tratando de huir de los agentes que le habían dado el alto. Oyó las voces de los policías y los primeros disparos; el motor de un automóvil que pasaba muy cerca de la boca del pozo.

«Mal lo va a pasar Albert», pensó. Y estuvo tentado de salir y acribillar por la espalda a los guardias que perseguían a su amigo.

No lo llevó a efecto, porque sintió un latigazo en la rodilla que le hizo lanzar un grito ahogado. Estaba inútil para toda acción. No podía socorrer a Albert cuando éste estaba en apurada situación.

Maldijo al guarda nocturno de la joyería que tan inoportunamente disparó cuando los dos compañeros estaban a punto de escapar. Con

una mano se palpó los bolsillos. Estaban llenos de joyas. Y no le habían cogido aún.

Decidió poner en práctica lo acordado con Albert antes de que éste saliera del pozo.

Comenzó a bajar lentamente, valiéndose de las manos y de la pierna sana, mientras la otra pendía inútil, ensangrentada.

Llegó al fondo del pozo y comenzó a caminar apoyado en las paredes. Sentía la rodilla hinchada, la sangre reseca, con los pantalones pegados a la pierna. Mientras no trataba de usar la articulación, todo iba bien. Sólo experimentaba unos fuertes latidos que resultaban molestos, pero no dolorosos.

Pero en el momento en que el pie se ponía en contacto con el suelo, la rodilla parecía querer estallarle. El dolor se hacía insufrible y Buck tenía que morderse los labios para no prorrumpir en gritos.

Y tenía que llegar a Long Beach, donde su amigo iría a buscarle.

Volvió la cabeza y se dio cuenta de que tan sólo había avanzado unos pocos pasos. Vio brillar los hierros que servían de escala para salir a la superficie de la calle.

Comenzó a desalentarse. Cada paso era un tormento. Cada minuto, un siglo de sufrimiento.

Pensó que, desde la calle donde estaba el registro de alcantarillado, el que habían empleado para asaltar la joyería, había cerca de cuatro millas, tal vez más, hasta Long Beach. Esto por la superficie, empleando el camino más corto, por calles rectas y al aire libre.

Bajo tierra habría más distancia. Las galerías tenían muchos recodos y zigzags.

Tenía que continuar. Pensó que disponía de todo el día para llegar juntó al punto de la cita con su amigo. Hasta la noche no iría Albert.

Recordó al compañero. ¿Cómo le habría ido con los policías? Con seguridad habría logrado escapar, Albert era un hombre de muchos recursos.

Sí. Habría escapado, burlándose de los polizontes. Habría ido a la pensión y se habría cambiado de traje. Luego se dirigiría a Long Beach. Llevaría material sanitario para curarlo. Entraría en las galerías y lo buscaría. Era buen muchacho Albert.

Su linterna había ido perdiendo luz paulatinamente. ¿Cuánto tiempo suele durar una pila eléctrica? Le parecía que la suya se

agotaba antes de lo que era de esperar. ¿O es que llevaba caminando más tiempo del que pensaba?

De nuevo se paró. Debía dosificar su esfuerzo. Se encontraba muy débil, agotado casi. Tenía que caminar despacio, sin apuros, para conseguir llegar a su meta. Si se precipitaba al avanzar podía perderlo todo. Le daba miedo pararse a recuperar el aliento porque después le costaba más trabajo reemprender la marcha.

Después de dar media docena de pasos se detuvo de nuevo. Decidió descansar un poco más que las veces anteriores y se dejó deslizar por la pared hasta sentarse en el suelo, la espalda apoyada en el húmedo muro, las piernas estiradas, con los pies pendiendo sobre el arroyo.

Buscó un cigarrillo. Tuvo que sacar todas las joyas que ocupaban los bolsillos antes de dar con el paquete, a la luz producida por la llamita del encendedor contempló el montón de bisutería que refulgía.

Tenía que valer mucho necesariamente. Miles de dólares. Lo suficiente para pagar a un médico que le curara la rodilla y además, para vivir mientras se preparaba otro golpe bueno que le pusiera en situación económica desahogada para comprar la soñada casita en Texas y... casarse con Nettle.

Albert era chico inteligente, no podía negársele esta cualidad. Pero no tanto como para poder fiarse de él. Creyó que, al robar en la joyería «Willow», se ahorrarían muchos peligros.

«Es una cosa fácil —le había dicho antes de emprender la marcha—. Y sobre todo no tenemos que jugarnos mucho. Ni siquiera tendremos que sacar las pistolas y mucho menos dispararlas».

Él había dicho que eso de disparar y eliminar a los que se pusieran en medio era lo de menos. Hasta entonces les habían salido muy bien los atracos a mano armada. Habían caído algunos tipos entremetidos, pero eso, ¿qué importaba si ellos se llevaron el dinero?

Pero Albert pensaba de diferente modo. No es que le horrorizara la sangre, puesto que cuando había que despenar a alguien lo hacía a las mil maravillas; pero procuraba evitarlo siempre que podía.

La prueba estaba en que prefirió meterse en la alcantarilla, como ratas asustadizas, para conseguir... ¡Nada! Un balazo y unas cuantas joyas que no compensarían los sufrimientos que estaba pasando.

En lo sucesivo sería él el que dispusiera las cosas. Les iría mejor que dejándose llevar por Albert y sus ideas de pocos vuelos.

—Lo fácil no resulta remunerativo —dijo en voz alta.

Y se sorprendió al escucharse a sí mismo. La voz pareció chocar con las bóvedas, rebotar y deslizarse por las galerías hasta extinguirse a lo lejos.

Ello sirvió para recordarle que aún tenía mucho camino que andar. Trató de ponerse en pie, pero la pierna herida pareció protestar. Se la acarició suavemente y notó que parecía arder desde el muslo hasta el pie. Cogió el pañuelo y lo sumergió en el arroyo de aguas sucias.

«Por encima del pantalón no puede hacerme daño —pensó—. Y servirá para refrescarme».

Estuvo durante varios minutos mojándose la pierna y, en efecto, pareció sentir alivio. Luego se pasó el pañuelo, empapado en agua, por las ardorosas sienes.

Se sintió mejor, más animoso, dispuesto a continuar la marcha. Se guardó las joyas y reemprendió el camino, luego de luchar para ponerse en pie.

Habría dado veinte pasos cuando chocó con algo. Y precisamente fue la rodilla herida la que entró en contacto con un montón de cosas duras.

Gritó con fuerza a consecuencia del dolor. Palpó lo que tenía delante y vio que eran ladrillos, amontonados por los obreros de la red de alcantarillado para efectuar reparaciones.

Se maldijo por querer ahorrar fluido eléctrico de su linterna y caminar a oscuras. Pero la cosa no tenía remedio ya, antes de que consiguiera reponerse, sintió que perdía el sentido; la oscuridad pareció poblarse de lucecitas rojas y amarillas que bailoteaban. Luego nada.

Buck permaneció más de media hora privado de sentido. Tendido en el suelo y con la herida en contacto con el agua que corría hacia Long Beach.

El dolor de la herida y la sensación de frescura que experimentaba en la pierna hicieron que recobrara el uso de sus facultades.

Movió la cabeza para despejarse. Se mojó las sienes, teniendo cuidado de que el agua no le tocara los ojos ni la boca. Quería sólo su contacto fresco, la sensación de alivio que proporcionaba, no que

le penetrara en el cuerpo. Sólo pensarlo le daba náuseas.

Y luego, vuelta a luchar para ponerse en pie, vuelta a caminar, avanzando tres pasos en otros tantos minutos y descansando un rato para recuperar el aliento.

El viaje parecía no tener fin. ¿Dónde estaba Long Beach? De pronto le asaltó una duda: ¿Se habría equivocado de camino? Había muchas galerías que cruzaban, plazoletas de las que partían más túneles, desviaciones.

Pero no. No podía equivocarse. Era lógico pensar que, siguiendo la dirección del arroyo, el curso de sus aguas, llegaría al mar.

Se tranquilizó sobre esta cuestión. Lo que ocurría era que avanzaba muy despacio, que descansaba muy a menudo, que las pausas se prolongaban cada vez más. Que había estado privado de sentido no sabía cuánto tiempo.

Se detuvo al llegar a un saliente en la pared. Esta vez había andado listo y lo palpó a tiempo. Le pareció que los oídos le resonaban más fuertes. Los latidos los sentía ya en la cabeza; ya no era sólo en la rodilla. Pero... ¿Eran sólo los latidos? Le había parecido que otros ruidos se habían mezclado a los golpes del corazón. Eran pasos que se acercaban lentamente.

De pronto oyó voces lejanas que le llegaban por medio de los ecos de las galerías, alguien hablaba en el interior de la alcantarilla. No podía entender lo que decían, pero sí comprendió que tenía que ocultarse lo antes posible. No podía ser descubierto. Con seguridad serían obreros del Municipio.

Él no podía mostrarse a su vista. Le harían preguntas. Se extrañarían al verlo herido; hasta podían encontrarle la pistola y las joyas que llevaba en los bolsillos.

Como espoleado por el miedo, comenzó a andar más deprisa. Ya no notó tanto el dolor en la pierna, aunque ahora le dolía hasta la cadera. Lo primordial era huir, ocultarse, encontrar un buen sitio donde no fuera encontrado por los obreros.

Casi corrió por la galería, tropezando; algunas veces cayendo, golpeándose contra salientes y esquinas en las paredes. Pero al fin consiguió lo que tan ardientemente deseaba. Vio algo que brillaba. Era el final de la galería, muy lejos aún. Puntillos luminosos, parpadeantes. Estrellas sin duda. Pero ¿era la misma noche que penetraron en la joyería? ¿Había pasado un día entero y era la

noche siguiente?

No supo contestarse. Había perdido la noción del tiempo hacía muchas horas, aquello que veía al final de la galería debía ser Long Beach. Sí. Sin duda. Oía ya el rumor del agua del mar. ¡Estaba salvado!

No tardaría en encontrar a Albert, allí tenía que estar su amigo. Pronto serían una realidad sus ansias de salvación, de curar la herida.

Pero las voces seguían sonando a su espalda, ahora parecían más cercanas. Se aproximaban.

Decidió usar su linterna, puesto que los que venían por las galerías no mostraban luz alguna, signo de que aún no estaban a la vista.

Encendió la linterna e iluminó justamente lo que necesitaba. La galería era muy amplia, construida así para recibir las mareas, con sus subidas y bajadas de nivel, y muy cerca de la bóveda había un nicho destinado a los operarios de limpieza, allí guardaban sus ropas para conservarlas lejos del agua.

Y allí tenía que encaramarse Buck para permitir el paso a los obreros; bajar luego que hubieran pasado y reunirse con su amigo.

Con los dedos tocó la parte inferior del nicho. Hizo un esfuerzo y consiguió izarse a pulso.

Ello le costó muchos dolores, pero al menos se encontraba a salvo.

Por el camino que él había traído vio aparecer un resplandor. Poco después varios puntos luminosos, brillantes, que se movían al compás de los que los llevaban.

Andaban deprisa y pronto estarían cerca. Buck miró con atención. Luego, cuando llegaron a su lado, se taparía con las ropas que había en el nicho.

Vio las sombras proyectadas en las paredes abovedadas. Y también los uniformes, las gorras de plato de los agentes. Su corazón pareció acelerar sus latidos. Eran guardias los que se aproximaban. También llegaban hombres de paisano y todos llevaban armas. Los que alumbraban eran hombres con monos y botas altas, de goma.

Buck miró con más atención. Las linternas de los que se acercaban se movían para alumbrar por todas partes, algunas veces se elevaban sobre las cabezas de los que las llevaban con objeto de iluminar algún nicho, semejante al que ocupaba él.

¿Le buscarían a él? ¿Habrían atrapado a Albert, y éste, acosado a

preguntas, le habría denunciado?

Pues si eso había hecho su compañero, era un canalla. ¡Va le diría él unas cuantas cosas!

Su mano voló hacia el sobaco izquierdo. Un segundo después apareció de nuevo armada con la «*Parabellum*».

Comprobó que había una cápsula en la recámara y que estaba lista para entrar en acción.

Se colocó bien en el nicho. ¡Iban a ver los polizontes con quién tenían que habérselas!

Ya estaban cerca. Ofrecían unos blancos magníficos. Era imposible fallar a aquella distancia. Se regocijó al pensar en la cara de susto que iban a poner los de la «bofia» cuando les enviara unas cuantas balas. Pero no los iba a dejar tiempo ni para asustarse de veras. Mucho antes estarían todos revolcándose en el suelo. Y él corriendo hacia la libertad.

Apuntó cuidadosamente. Eligió como blanco al policía que marchaba en primer lugar. Era un hombre alto, vestido con uniforme azul.

Apretó el gatillo y el estampido resonó fragoroso en la oquedad. Vio cómo el guardia se llevaba ambas manos al pecho dejando caer la ametralladora. Después se dobló por la cintura y cayó en el arroyo de aguas fangosas.

«¡Uno!», pensó Buck, volviendo a hacer puntería.

Pero no llegó a oprimir el gatillo por segunda vez. Todas las linternas se apagaron al mismo tiempo, sumiendo en la más impenetrable oscuridad la galería.

Inmediatamente después se oyó el tableteo de una ametralladora, y Buck sintió el golpear de las balas en las paredes, muy cerca de él. Se encogió dentro del nicho y aguardó los acontecimientos.

La ametralladora cesó en su bordoneo y los ecos de los estampidos quedaron como flotando en la oscuridad.

«Es el momento de saltar», pensó, dispuesto a hacerlo.

Pero algo se lo impidió. Nuevos disparos se produjeron. Las balas chocaron contra los ladrillos.

Esta vez venían del lado de Long Beach. Voces de mando ordenando que todos los policías se mantuvieran en el suelo. Que se disparara hacia las paredes para no herirse entre ellos.

Estaba cogido entre dos fuegos. Su cerebro pareció encabritarse.

Querían cogerlo, pero no lo harían mientras él respirara. Tenía las balas suficientes para no permitir que los odiados policías se salieran con la suya. No les permitiría acercarse.

Allí estaba su «*Parabellum*» para impedirlo.

Ya no se acordaba de su herida, ni de los sufrimientos pasados. Sólo ocupaba su mente la idea de no ser sentado en la «silla caliente».

En realidad no era más que un ataque de locura lo que tenía Buck Holliday. Un ataque de locura homicida, peligroso por lo que tenía de inconsciente.

La fiebre le quemaba las sienes, la noción del peligro no existía. Sólo rabia, coraje, furor. Ganas de pelea, de matar y de morir...



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO
MENDOZA COLT — RECORTABLES
WALT DISNEY

X



AS horas pasaron con desesperante lentitud para Nettle Garrison. Sus ojos, febriles, no se apartaban de las manecillas de su reloj de pulsera.

Aguardaba a que las sombras de la noche, comenzaran a caer sobre la ciudad para ponerse en camino.

Pero las manecillas parecían no andar. Sólo el segundero daba sus acompasados saltitos, al principio parecían saltos retozones, alegres; pero después Nettle se figuró que el reloj se burlaba de ella.

Cuando llegó a su casa y sus padres le preguntaron acerca del estado de Buck, no supo qué responder. ¿Cómo decir a los pobres viejos que Buck estaba metido en una alcantarilla, acosado por los policías, de los cuales huía?

Se limitó a contestar que estaba bastante mal y que no la habían permitido verle.

—Pero me han prometido que esta noche me dejarán pasar —mintió—. Voy a ir, y no os asustéis si paso parte de la noche fuera de casa.

Los viejos la habían creído. Buck no había ido a Foothill en su visita cotidiana, Albert tampoco. Tan desusado acontecimiento no podía ocurrir más que en caso que ambos amigos hubieran sufrido un accidente.

Y no podían negar permiso a Nettle para que fuera junto a su novio.

—Ve, hija. No te separes de él —había dicho la madre—. ¿En qué hospital está?

—No sé cómo se llama, mamá —mintió de nuevo la joven—. Pero está en Long Beach.

Los padres hicieron cálculos, dieron nombres de diferentes hospitales, hasta que lo abandonaron para preguntar:

—Y, ¿qué es lo que ha sucedido? ¿Dónde tiene las heridas?

Nettle había optado por subirse a su cuarto, pretextando algún quehacer.

—No lo sé. ¡No lo sé! Pero acabaré volviéndome loca si esta incertidumbre continúa.

Y subió las escaleras corriendo. Se asomó a la ventana y miró al cielo, así estuvo durante varias horas. Los ojos fijos en la mancha del sol. Mirando cómo, paulatinamente, las sombras se alargaban en el jardín. La luz iba cediendo en intensidad. Hasta el sol se ocultó tras las lejanas colinas.

Entonces bajó precipitadamente, y, sin pararse, dijo adiós a sus padres. En su mano la bolsa con los paquetes de algodón, el alcohol, el yodo, las gasas...

Paró a un taxi que casualmente pasaba en dirección a la ciudad, y le dio al conductor la dirección deseada.

Cuando llegó a Long Beach y se apeó vio varios automóviles parados junto a la playa. No prestó la menor atención, aunque tal vez sus ocupantes estuvieran bañándose a aquellas horas. Pero con la oscuridad, pensó que nadie la vería.

El camino que siguió hasta las rocas fue distinto al que llevó la vez primera, ahora sabía que podía llegar hasta la boca de la alcantarilla desde el paseo, sin necesidad de caminar por la arena.

Luego no tendría más que bajar por las rocas para estar en la salida de la galería.

Llegó a la aglomeración de rocas que servían para ocultar a los paseantes el espectáculo de las aguas sucias cayendo en el mar.

Estaba muy oscuro el paraje. Por ello no vio las sombras que había junto a las paredes de ladrillo. Se dio cuenta de que no estaba sola cuando una mano la cogió por un brazo y la hizo detenerse.

—Esperaba que viniera usted, señorita —dijo una voz a su oído cuando ella se volvió, sobresaltada, a punto de gritar—. Pero ha llegado un poco tarde.

Escudriñó en la oscuridad. La voz le parecía conocida.

—Seremos nosotros los que saquemos de ahí a ese pájaro —siguió el hombre—. Y nos dará bastante guerra.

Nettle reconoció al «hombre del autobús». El odioso federal estaba allí. Había ido a buscar a Buck y detenerlo. ¿Cómo se había enterado?

—¿Por qué le persiguen? —preguntó, reprimiendo un sollozo—. ¿Qué ha hecho para que le acosen como si fuera una fiera?

El agente especial tardó algunos segundos antes de responder.

—Porque lo es, señorita —dijo con voz sorda—, aunque le cueste trabajo creerlo.

—¡Buck no puede ser una fiera! —Casi gritó la joven—. Son ustedes los que hacen que la gente se comporte como fieras. Ustedes, con sus ametralladoras.

—Escuche un momento —la interrumpió Griffith, poniendo una de sus manos en el brazo de ella.

Nettle enmudeció y prestó oído. La noche estaba silenciosa, tranquila, de pronto, como viniendo de debajo de la tierra, creyó escuchar un estampido. Una detonación ahogada, lejana.

—¿Ha oído? —preguntó el agente—. Ése es Buck. El pistolero. El que mató a un compañero mío y a varias personas más, a gentes que no podían defenderse, con el solo objeto de llevarse unos cuantos cientos de dólares. Ése es Buck Holliday. Fichado por la policía como raterillo sin importancia, pero que ha emprendido empresas de más altos vuelos. ¿Ignoraba usted que... su novio era un atracador?

Las palabras de Culbert Griffith parecieron otros tantos mazazos sobre la nuca de la muchacha. Pareció desconcertada. Incrédula; creía ser víctima de un engaño.

—¡No es posible! —pudo articular al fin—. Buck no puede ser eso...

—Ya se enterará usted poco a poco de sus andanzas —siguió Culbert—, ahora es conveniente que se retire usted, como una buena chica. Váyase a su casa, de la que no debió salir. Con sus padres, apártese de todo esto. Una mujer como usted no se merece que un canalla haga esto con ella.

Fue a conducirla hacia el paseo. Y Nettle, comprendiendo que nada podía hacer, caminó despacio. Estaba aturdida por completo. Era incapaz de coordinar sus ideas.

De pronto, una voz sonó cerca de ellos.

—¡Culbert! Ese tipo ha herido ya a dos de los nuestros. No podemos entrar en la galería.

Culbert se inmovilizó antes de responder:

—Habrá que emplear gases lacrimógenos —dijo—. No tratéis de acercaros a la galería.

—Pero es que hay un guardia herido muy cerca de donde está el pistolero —objetó el agente que había interpelado a Culbert—. Los gases podrían matar al pobre hombre. Por otra parte, no podemos acercarnos para sacarlo.

Culbert pateó el suelo con rabia.

—¡Que un canalla asesino consiga esto! —exclamó—. Vidas como la suya no merecen que se derrame ni una sola gota de sangre de nuestros hombres.

—Tampoco podemos dejar a ese tipo ahí indefinidamente —siguió el agente—. ¿Qué hacemos Culbert?

—¡Yo entraré! —dijo sordamente el agente especial—. Yo sacaré a ese pistolero o...

—¡Un momento! —intervino Nettle inesperadamente.

Los dos agentes miraron sorprendidos a la joven.

—Yo entraré —siguió Nettle con tono resuelto—. No disparará contra mí y tal vez le convenza para que se entregue.

—Eso no puede ser, Nettle —dijo Culbert, llamando a la joven por su nombre—. Ese hombre es capaz de disparar contra su propia sombra. Está loco. Es una fiera sin sentimientos humanos.

—Déjeme probar —insistió Nettle—. Las mujeres conseguimos a veces lo que no logran los hombres.

Y comenzó a andar hacia la boca de la galería. Vio a algunos policías uniformados que, con las ametralladoras en las manos, se resguardaban detrás del muro, a los lados de la abertura de la

alcantarilla. Ella continuó su marcha sin que nadie la impidiera entrar.

Había experimentado un cambio radical con respecto a Buck. Creía lo que había dicho el hombre del F.B.I. Pero aún confiaba en cambiar a Buck, aún esperaba que todo fuera un error, que Buck estuviera terriblemente obcecado y, con su intervención, se arreglaran las cosas.

Lo importante, lo primero, era curar convenientemente la herida de Buck. Después, que saliera y fuera conducido a una clínica. Para arreglar el embrollo en que estaba metido y del que la joven, en realidad, no sabía nada, siempre habría tiempo. Había abogados que sabían defender a sus clientes. Y leyes que amparaban a los ciudadanos.

Avanzó por la galería. Los disparos habían cesado. Todo era silencio en su torno. Oía sus pasos resonar como chasquidos repetidos por el techo abovedado.

—¡Alto! —Oyó súbitamente—. ¡Da la vuelta, idiota! ¿Es que quieres que te tumbe?

Reconoció la voz de Buck. Era más ronca y seca. Más amenazadora.

—Soy yo, Nettle, Buck —gritó—. Deja que me acerque. Voy a curar tu herida.

Buck quedó sorprendido. Esperaba todo menos que su novia estuviera allí.

—Acércate despacio y sin hacer ruido —ordenó—. ¿Viene alguien contigo?

—No, Buck. Yo sola.

Tanteó en la pared. La voz de Buck había sonado por encima de su cabeza. Su mano tocó la de él y Buck tiró de ella.

La joven se vio arrastrada, hasta que sus rodillas se apoyaron en el nicho. Se colocó en mejor postura.

—Tengo vendas y desinfectantes para curar tu herida —dijo la joven—. Deja que lo haga.

—¡No digas tonterías, nena! —cortó él abruptamente—. No puedo distraerme ni un segundo. ¡Se me echarían encima ésos! Ahora, quietecita, ¿sabes? Mientras estés tú aquí ellos no se atreverán a disparar. ¿Cómo te han dejado entrar? Pensé que era una aña-gaza para cazarme. Creí que vendrían ellos detrás de ti. Son unos imbéciles, ahora podré escapar sin que puedan hacerme nada.

—¿Qué dices?

Nettle comenzó a asustarse. Buck no parecía el mismo. Estaba excitado. Su voz era ronca y balbuciente.

—Digo que les voy a jugar una buena —siguió Buck—, anda. Baja de aquí. Yo te sigo. Vamos a salir juntos de esta ratonera. Y ellos no se atreverán a meterse conmigo, porque de lo contrario te mataré, ¿sabes? Te meto una bala en la cabeza como intentes ayudar a esos perros.

—¡Pero, Buck...!

—Y a callar. No me distraigas, ahora que me lo juego todo.

Habían bajado del nicho y avanzaban por la galería en dirección a la salida. Nettle sintió en su espalda el contacto de algo duro. El cañón de la «*Parabellum*» de Buck.

Se dio cuenta de que había hecho una tontería al entrar en la alcantarilla, ahora estaba a merced de Buck, de un Buck al borde de la locura, si no lo estaba ya del todo. Un Buck que la amenazaba con matarla si no hacía lo que le ordenaba.

Pronto llegaron al aire libre. Buck respiró a pleno pulmón durante un momento, antes de gritar:

—Vais a estaros quietecitos, si no queréis que le pase algo a esta chica —dijo en tono amenazador—. ¡Apartaos he dicho, idiotas! Voy a contar hasta diez. Si en ese tiempo no estáis todos lejos, le pego un tiro a ésta.

—No hagas tonterías, Buck —Nettle reconoció la voz del «hombre del autobús» la que hablaba—. Estás perdido. Tu compañero ha muerto.

—Lo habéis matado vosotros, ¿eh? Pero no haréis conmigo lo mismo. Soy demasiado listo para eso. ¡¡Fuera!! Voy a avanzar...

Los policías dejaron el paso libre a Nettle, seguida del pistolero. Caminaron lentamente, ascendiendo hacia Ocean Boulevard. Buck vigilaba atentamente a sus enemigos. Estaba dispuesto a cumplir su amenaza. Quería llegar hasta el paseo y apoderarse de uno de los coches de los policías.

Huiría hasta conseguir ocultarse. Curaría su herida, que le martirizaba, y luego ya vería.

Culbert Griffith estaba maldiciéndose a sí mismo. ¿Por qué se le ocurriría permitir que la joven penetrara en la galería? Él, en su inocencia, había esperado que Nettle tocara la fibra sensible del

bandido, si es que éste tenía algún resto de sensibilidad y ternura. Se había equivocado, y la joven, la mujer que él había conocido en un autobús, la que le gustó por su belleza y sencillez y a la que nunca se atrevió a abordar porque no tenía una posición sólida que ofrecerle, la mujer con quién deseaba casarse en el momento en que ascendiera a inspector del F.B.I., estaba a merced de los instintos criminales del pistolero.

Unos doce pasos separaban a Culbert de Nettle y el pistolero. Comprendió las intenciones de Buck. Quería apoderarse de un coche y huir. Pero tal vez disparara contra Nettle, o...

Se decidió a jugarse el todo por el todo. Contrajo los músculos de las piernas y dio un salto en la oscuridad.

Su brazo izquierdo tropezó con el cuerpo de Nettle y la arrojó al suelo, al mismo tiempo su puño golpeó la cara de Buck.

Éste lanzó un aullido de rabia y oprimió el gatillo de su pistola. Pero ya Culbert le retorció el brazo para que soltara el arma.

Buck luchó con la ferocidad que le prestaban la desesperación y el estado perturbado de sus facultades mentales. Pateó, arañó, mordió el rostro y las manos de Culbert.

Pero el agente especial tenía conocimientos de lucha suficiente para enfrentarse con un profesional y ganarlo.

Le dejó que se debatiera, mientras él observaba a Nettle. Vio a uno de sus compañeros que ayudaba a apartarse a la joven.

Cuando se dio cuenta de que Nettle estaba fuera de peligro, se dedicó a poner fuera de combate a su antagonista. Le aplicó algunos puñetazos en diferentes partes del cuerpo, y se percató de que, por la inferioridad física de Buck, no tardaría en vencerlo.

Pero Buck estaba desesperado. Había perdido toda apariencia humana. Su boca espumarajeaba como la de un perro rabioso. Quiso morder en el cuello al agente, pero un golpe aplicado a la mandíbula se lo impidió.

Buck dio un traspiés hacia atrás, perdido el equilibrio. Pero no se daba por vencido, aún respiraba, aún podía moverse y tenía la pistola en la mano. La levantó y apuntó a Culbert, oprimiendo el gatillo rápidamente.

Al agente le sorprendió el disparo cuando iba por el aire, en un salto que le llevaría sobre el cuerpo de su enemigo.

Recibió el impacto en un hombro, pero continuó como si no hubiera

sido herido, asió la mano armada de Buck y la retorció ferozmente. Sonó un disparo y Culbert notó que los músculos del pistolero se relajaban. Con toda facilidad, el agente se apoderó del arma de Buck y se puso en pie. Pronto se vio rodeado por sus compañeros y se apartó algunos pasos.

—Ha recibido un tiro en la cabeza —oyó que decía alguien—, con su misma pistola.

Días después, Culbert Griffith se acodaba en la puerta de hierro del hotel de los Garrison. Nettle le saludó con una luminosa sonrisa.

—¡Vaya! —dijo el agente—. Ya es hora de que esa carita se alegre.

—Todo se olvida, Culbert —respondió Nettle, acercándose al «hombre del autobús»—, además, he hecho lo que me dijiste, aquel... aquel hombre no merecía que yo le mirara. Me equivoqué...

—No tienes culpa alguna —dijo Culbert—. Los pistoleros no llevan un cartel en el pecho como los hombres «sandwich», diciendo que lo son. Pero de veras que me sentí enfermo cuando vi que tenías novio. Me llamé idiota mil veces por no haber madrugado y que otro se me adelantara.

—Todo se arregló, Culbert —dijo ella, muy cerca del agente—. También yo sentí que «el hombre del autobús» no se decidiera nunca.

—Era por mi poco sueldo, Nettle, ahora es distinto. El sueldo de inspector no es mucho, pero podremos vivir sin muchos apuros.

FIN

APARECERA

PROEZAS

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL *de los* EXITOS!

sabía que los lectores anhelaban otra clase de novelas que hiciesen pareja, por su calidad, interés y originalidad, con las de la soberbia

Colección F. B. I.

Y para complacer al público, harto de leer otras series de baja categoría, EDITORIAL ROLLAN, tras un profundo estudio y después de una selección cuidadosa de temas y autores, lanza al mercado una NUEVA COLECCIÓN, que no tiene rival (a excepción del F. B. I.) porque marca un género desconocido hasta ahora:

PROEZAS

Esta Colección refleja, como su título indica, las emocionantes proezas de hombres audaces en lucha mortal contra la Adversidad, acuciados por los peligros del mundo actual, en ambientes exóticos y donde las pasiones son tan fuertes que conmueven hasta las raíces del ser humano.

Los más famosos escritores internacionales colaborarán en esta novísima Colección (cuyo precio es solamente de CINCO PESETAS), y buena prueba de ello es que

ALF MANZ

el inolvidable autor de tantas y tan geniales obras, ha escrito el primer número, una noveia incomparable, titulada

LA JUNGLA EN ARMAS

♦ ♦

HOMBRES MUJERES Y JOVENES LEERAN

PROEZAS

¡LA NOVELA DE TODOS Y PARA TODOS!

5 Pesetas.

